

Al sur del Polonio

Emmanuel Marzía Donadío

Marzía Donadio, Emmanuel
Al Sur del Polonio / Emmanuel Marzía Donadio. - 3a ed. -
Valencia: Emmanuel Lucas Marzia, 2025.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o cualquier medio, sin el permiso previo del
autor, único titular de este copyright.

Hecho el depósito que marca la ley 11.273

© 2018, Emmanuel Lucas Marzia

© 2021, Emmanuel Lucas Marzia

© 2025, Emmanuel Lucas Marzia

emanuelmarziadonadio@gmail.com

<https://linktr.ee/emmanuelmarzia>

ISBN: 9798280989818

Sello: Independently published

Abril 2025 (Valencia)

ÍNDICE

Guía de lectura	7
Prólogo	11
Rapada.	17
Las Bosnias.	37
Lo de Bermúdez.	57
Lo de Fredy	75
Lo de Henry.	93
Lo del Tano.	105
Chullachaqui.	119
Caballa	125
Invasión	141
El 352.	157

GUÍA DE LECTURA

AL SUR DEL POLONIO es una recopilación de once relatos basados en viejos recuerdos, algunos espectros que pululaban en mi mente, y muchos “¿Qué hubiera pasado si...?”

RAPADA, el primero de la serie, es un lejano recuerdo de una experiencia espiritista de mi adolescencia, en el que me propuse dejar correr la imaginación libremente.

LAS BOSNIAS es un homenaje a mi viaje de casi un año, mochila al hombro, por Sudamérica. Lo que sucede en el cuento, aquella premonición al costado de la ruta, me sucedió realmente, aunque no lo crean.

LO DE BERMÚDEZ es una mezcla de tormentos y pesadillas, mi lado más oscuro. Un relato sin ningún mensaje, ni ética definida, y que no pretende ser más de lo que es: un auténtico vómito al costado del camino.

LO DE FREDY es un relato al estilo Carver que imaginé hace varios años un verano en Cabo Polonio, Uruguay. Surge de una semana lluviosa con dos amigos, una semana de encierro, pescadores y bruma marítima.

LO DE HENRY es un relato fantástico sobre el deseo y nuestra absurda idea del sentido de propiedad. Habla de aquellas personas que perdieron su lugar en el mundo, y reducidas por otros, están dispuestas a hacer cualquier cosa para recuperarlo.

LO DEL TANO surge de haber convivido con un grupo de artesanos durante varias semanas en una aldea de la selva boliviana. Es uno de los textos donde hay menos ficción y más realidad.

CHULLACHAQUI es una versión libre del mito amazónico que lleva el mismo nombre. Un cuento poético en el que retomo las temáticas que me obsesionan: el encierro, la manipulación, la tierra, las plantas.

CABALLA habla sobre la soledad, la vejez y el paso del tiempo, en boca de un señor mayor, que se aferra al único recuerdo que lo mantiene con vida.

INVASIÓN transcurre en España, si bien podría suceder en Argentina, Estados Unidos o Alemania, y es una denuncia a los atropellos de una parte de los occidentales hacia los migrantes de color.

EL 252 es una historia vertiginosa, que transcurre entre dos continentes y dedicada al barrio donde me crié, Carapachay, en la provincia de Buenos Aires.

PRÓLOGO

Querido lector/a:

Este objeto que tiene en sus manos es un libro autopublicado. ¿Esto quiere decir que el autor escribió el texto durante dos o tres semanas, lo pasó por ChatGTP y luego lo mandó a imprimir? No, para nada. Al sur del Polonio pasó por un proceso similar al que pasa un libro publicado por una editorial seria: edición, corrección de estilo y ortotipográfica, maquetación, diseño de portadas, registro de propiedad intelectual, ISBN. Durante dos años trabajé los cuentos de este volumen en distintos talleres y clínicas de escritura (Félix Bruzzone, Valeria Correa Fiz), y con el corrector y escritor José David Jimeno que me ayudó inmensamente. Me hice preguntas, borré escenas, mejoré personajes, embellecí frases, descarté otras, me arrepentí, descarté nuevamente.

Intento defender la autopublicación, no como un espacio residual para artistas vagos o sin aspiraciones, sino como un mecanismo de producción favorable en términos económicos al creador de la obra. Otra razón para autopublicar este libro, es que me urge la necesidad de que mis coterráneos y mis conciudadanos españoles lo lean, analicen, ignoren o dejen para nivelar una mesita (los tiempos de las editoriales se parecen a los tiempos de tránsito del planeta Saturno).

En Madrid, mi novela *Madreselva*, ya tuve decenas de lectores, aunque no a través del sistema tradicional de venta en librerías, sino a través de la venta ambulante que hice en bares y cafés durante dos años. “Buenas tardes... ¿le dejo mi libro para echarle un vistazo?”, y así, mesita por mesita, le dejaba, al que tenía ganas, una copia de prueba. La última vez que hice la cuenta, llegué a la conclusión de que abordé a un promedio de cien personas por tarde, o sea, mil doscientas en un mes, treinta mil en dos años. En total, dos mil seiscientas personas compraron mi novela *Madreselva*. Un promedio de un lector/mecenas cada once personas. Nada mal. Hubo más aliento que insultos, más apoyo que rechazo, la misma cantidad de educación que de ignorancia. Todo un estudio sociológico sobre el comportamiento de occidentales blancos de países desarrollados. A muchos

de ellos les recuerdo y agradezco siempre por haberme dado la posibilidad de vivir de la literatura, o lo que concierne a la misma, durante ese período.

Sí, ya sé lo que está pensando. Estamos ahora mismo en Argentina o en la España, pospandemia, pos aumento de todo, ¿usted seguirá haciendo este sistema de venta? Bueno, se verá... Depende. Tal vez mi yo del futuro le haya entregado este libro en mano hace apenas uno o dos minutos en el parque del Retiro o en Valencia, o tal vez lo agarró de un estante de alguna de las distinguidas librerías argentinas o españolas que me permiten este experimento. Lo importante es que, sea cual fuere la distribución, al autopublicar, el que hace el mayor esfuerzo, el que no deja de escribir ni en vacaciones, el que se sienta una y otra vez contra su voluntad, con sus boicots, sus fantasmas e ilusiones, a inventar, imaginar, asociar y estructurar una historia, bueno ese, se lleva el mayor beneficio económico. ¡Qué igual siempre es poco, joder! No se imaginen que con esto al cabo de unos pocos años me convertiré en Carmen Mola o Stephen King.

La ecuación es simple: ¿cuántas novelas de autores hispanohablantes vivos ha leído en un año? ¿Cuántas películas o series, en cambio? Siempre es poca la porción literaria. Somos demasiados autores compitiendo con escritores que están “activos” hace cincuenta, cien o

doscientos años. De esto hablo en mi novela Terrazas, pero ese es otro tema. No me quiero desviar de este prólogo que nunca debió ser prólogo.

Volviendo al tema del dinero, o *la biyuya, la tarasca, la pasta, la lana, los duros, la marmaja*, o como me gusta llamarla últimamente: *la inmaculada*. Antes intentaba desentenderme de ella, me ofendía si alguien la mencionaba en una conversación literaria y renegaba incluso de su verbalización. Ahora le pido perdón. Perdón, honorable metal. El lumpenaje urbano al que me sometió aquel meteorito de romanticismo posmoderno, de mi postadolescencia, terminó por asfixiarme. Tener platita siempre es algo necesario. Para pensar, crear, estar tranquilo, pagar cuentas y alquileres, para no deber nada. Para dormir de corrido o comprar cosas inútiles por internet de las que luego uno se quiere deshacer en una mudanza. Para seguir siendo pobre, pero con dignidad. Gracias por eso. A usted. Por el dinero que acaba de invertir en mi libro, (ah, ¿no lo hizo?). Hágalo ya mismo, por favor. (El librero o mi yo del futuro quieren cobrarle cuánto antes).

Gracias también por confiar en la ficción y la lectura en un mundo de hiperrealidad, hiperegocentrismo, hiperconectividad desconectada, donde siento, seguro me

equivoco, que escribir algo por fuera de la literatura del yo, de lo autobiográfico o de lo panfletario, es contracultural, y donde nos hemos convertido en los protagonistas de nuestro propio Truman Show. Bueno, me fui a la mierda... No me haga caso. No es tan así. Tranquilo. Tranquila. Simplemente, creo que una buena historia debería aspirar a tocarle al lector una fibra, incomodarlo, hacerlo reflexionar o volar alto. Y en ese vuelo rezar para que se traiga cosas. Pensamientos, imágenes, recuerdos, experiencias, cavilaciones. Espero que este sea uno de esos casos por el bien de mi economía-poslumpenismo.

Para concluir, le dejo mis redes sociales en la contraportada para que me escriba, me insulte, me pregunte, me RECOMIENDE y, sobre todo, me COMPRE el próximo libro. Le pido por favor que, de gustarle, lo comparta con vehemencia a través de todos los medios posibles.

Con afectación.

Emmanuel Marzía Donadío

<https://linktr.ee/emmanuelmarzia>

<https://www.instagram.com/emmanuelmarzia>

| RAPADA |

MARCO VIAJABA EN EL TREN desde Palermo hacia Villa Rosa. El vagón iba vacío y las puertas se abrían por el traqueteo, dejando entrar el viento frío y húmedo del invierno bonaerense. No le gustaba salir de la ciudad y menos de noche y hacia el campo. Pero Laura se lo había pedido. Y fue.

Lo había llamado para invitarlo a un encuentro de meditación que daría el padre, que hacía tiempo se dedicaba al asunto. Le dijo que le haría bien y que sería una buena oportunidad para conocerlo.

—Ah, otra cosa —mencionó sin darle importancia—. Me corté el pelo... Fuerte. Pero si no te gusta no digas nada. Es mi cuerpo y hago lo que quiero.

Se quedó mudo por unos segundos, sin siquiera

poder hilar un pensamiento. Esa contundente frase parecía una declaración de guerra que no permitía objeciones: “Es mi cuerpo y hago lo que quiero”. Pero él amaba su pelo largo y moreno, enrulado en las puntas, algo desteñido por el sol. Una cabellera volátil que volaba por su habitación, dejándole recuerdos de su esencia en cada rincón de la casa. ¿Qué podría haberle contestado?, ¿que no tendría que haberlo hecho?, ¿que también era parte de su cuerpo ahora? Además, ¿qué significaba esa expresión? ¿Que le había quedado “fuerte” el pelo o que se lo había cortado mucho? ¿Cuán “fuerte” se lo había cortado? Quiso preguntarle, pero Laura lo interrumpió una y otra vez y no le dejó hablar. Tenía una facilidad innata para cambiar de tema, y llevar la charla hacia donde le convenía, y Marco, que se veía abrumado por tanta velocidad para unir ideas, terminaba siempre por caer en su trampa y le daba la razón. Le habló de la facultad y del examen, pero nada del pelo ni de la reunión de meditadores. Simplemente le dijo de encontrarse en la estación de Villa Rosa a las ocho de la noche.

—Yo voy desde la casa de mamá, así que te espero ahí. Tomate el tren en Retiro y bajate en la última estación. No te podés perder.

Se pasó todo el viaje tratando de dilucidar si había hablado en serio o estaba exagerando con lo del pelo.

Laura tenía el mismo corte de pelo desde que era chica y ambos sabían que era su arma de seducción. Lo cuidaba obsesivamente todos los días, usaba cremas para lavarlo para enjuagarlo, para mantenerlo, para darle brillo, para darle color. Cada vez que se veían se le aparecía con un peinado distinto. Con dos colitas, con flequillo, despeinado, con una cola de caballo. “Quizás solo estaba flasheando por un tijereteo en las puntas”, se dijo. “No creo que sea capaz de otra cosa”.

Cuando finalmente arribó, después de casi dos horas de viaje, la estación estaba desértica y solo se veían algunos perros flacos y una espesa capa de bruma cubriendo el andén. Una bruma seductora, que presentaba la única geografía posible. Oscura y misteriosa, voluminosa y salvaje. Una bruma que se esparcía por todo el andén y apuntaba hacia el campo, donde más bruma cubría a las vacas pastando al costado de las vías. Bruma brillante que volaba entre las narices heladas de las bestias y regresaba a la estación para detenerse en una figura difusa, que podía ser de hombre o de mujer, que esperaba fumando en uno de los bancos. Bruma abundante que rodeaba su cabeza, que solía ser enrulada y algo desteñida en las puntas, y que descubría una calva perfecta, a la que le rebotaba la luz de los faroles. Bruma de María Laura, rapada.

Necesitó apretar su cara contra la ventana empañada y respirar parte del vidrio, para poder comprobar que aquello que veía era cierto. Su novia parecía una yonqui. Campera de cuero, mano en el bolsillo y actitud de “es mi cuerpo hago lo que quiero”.

Pensó en no bajarse y esconderse en el baño y esperar a que el tren saliera de nuevo a Buenos Aires con tal de no tener que enfrentarla. O seguir viaje hasta la Patagonia, o a cualquier lugar lo suficientemente lejos para no tener que volver a verla. ¿Cuánto tardaría en volver a crecerle?, ¿un año, dos? ¿Estarían juntos hasta entonces? ¿Cómo haría para cogérsela sin poder acariciar su pelo? ¿Y cuando lo hicieran en cuatro? ¿Sería como tener sexo con un tipo?

—Te queda bien. No es gran cambio —le dijo ni bien puso un pie en el andén. Laura se sonrió y le dio un intenso beso, con lengua incluida, que, a Marco, sin embargo, le resultó agrio y excitante.

Se abrazaron y empezaron a caminar por las calles de tierra que bordean las vías.

Ella estaba aceleradísima esa noche y no paraba de hablar. Se sentía más segura ahora que se había rapado y había dejado de ser una presa para los hombres. Ahora podía proteger, antes que ser protegida, y caminar por

las calles sin problema, vestirse como le diera la gana, sin necesidad de que un hombre la escoltase por la noche. Le hablaba de Houellebeck, de Murakami, de Artaud y de todas las películas que había visto durante la semana en la filmoteca con el único objetivo de estirar el tiempo y darse fuerzas para contarle la verdad del asunto. Después de todo, aquella reunión era una parte importante de su vida y Marco tendría que tolerarlo si realmente la quería. No estaba dispuesta a ceder en eso. O lo aceptaba o no tendrían demasiado futuro juntos.

Finalmente, cuando estaban por llegar a la esquina de la casa, lo frenó en seco y se lo dijo.

—Adonde vamos no es exactamente un encuentro de meditación —y se prendió un cigarrillo—. Es una ceremonia de limpieza, que se hace cada semana. Mi papá es el Pai, aunque no quiere que lo llamen así. Pai es maestro en portugués.

Marco esbozó una sonrisa y creyó que aquello era otra de sus bromas. Todavía estaba demasiado impactado por su pelada, como para creer que podía estar hablando en serio. “Es una mina sensata, le gusta hacer chistes, nada más”, y la miró esperando a que develase la farsa. Sin embargo, ella no se rio y le dio una pitada tras otra al cigarrillo. Lo miró fijo y se lo terminó de aclarar.

—Somos Mandingas y creemos en el encuentro de

almas en la tierra. Es lo mismo que cualquier otra religión, solo que hay muchos prejuicios y gente que habla sin saber. Ya lo vas a entender, te lo prometo.

“¿Mandingas?, ¿los que matan gallinas y dejan ofrendas en las esquinas?, ¿los que hacen trabajos para joderle la vida a otros?”

Marco solo pensaba, el frío y los nervios le inmovilizaban las cuerdas vocales.

—Es verdad que algunas personas hacen trabajos de magia negra —respondió Laura como si lo hubiera escuchado—. Pero eso no es ser Mandinga, sino otra cosa... Te imaginarás de qué lado estamos, ¿no?

Le respondió que sí, pero no tenía ni idea. Tenía la cabeza demasiado llena de imágenes con todos esos recuerdos de los últimos meses que no se explicaban, pero que ahora empezaban a comprenderse. Como eso de que cada vez que tenían sexo, cuando terminaban, sentía aroma a flores. A rosas o a jazmines, o cualquier otra flor, como si de pronto estuviesen en medio de un bosque. Él buscaba el ramo escondido o los inciensos, pero ella se le reía y le decía que era inútil querer buscarlas. Que las flores olían en su interior y se echaba en la cama satisfecha. Tal vez solo era la sugestión del placer, o ella usaba algún aromatizante escondido, aunque ¿lo de la cabeza? ¿Por qué se enojaba cuando le tocaba la coronilla, como

si llevase un kipá invisible? ¿Qué había de importante ahí? ¿Y si era una de esas amarra parejas? A fin de cuentas, desde aquel verano en Uruguay no podía dejar de pensar en ella y le costaba concentrarse en la facultad. Había noches, de hecho, en las que no se podía dormir si ella no lo llamaba o no le contestaba un mensaje. Tal vez le había hecho un trabajo y por eso andaba tan obsesionado. O quizás solo eran sus prejuicios y ser Mandinga era lo mismo que cualquier otra religión. La cuestión era que Laura le gustaba, y mucho, así que cuando terminó de explicarle toda la cuestión de la ceremonia, no le hizo demasiadas preguntas y simplemente le dijo que estaba bien. Que, si su padre era un Pai o lo que fuera, a él no le importaba. Y que la quería. Acto seguido le preguntó por el pelo.

—Es mi cuerpo y hago lo que quiero —respondió ella y se prendió otro cigarrillo.

La casa del Pai era un ranchito a medio construir, con gallinas en el patio y puertita de alambre, que no se diferenciaba de las otras del barrio. Tocarón el timbre y enseguida se apareció un tipo de unos cincuenta años, delgado y de cara angulosa y ojos celestes, ligeramente achinados. La misma cara de Laura, en versión hombre. Caminó por entre los animales, y, tras abrírlas la puerta,

saludó a su hija con un efusivo abrazo.

—Te animaste... —y le acarició la cabeza con entusiasmo.

—Ya era hora, necesitaba un cambio —Laura se desprendió lentamente y luego señaló a su novio—. Él es Marco, sin ese. Trátalo bien, que quiero que me dure.

—Encantado, me llamo Roberto —el Pai le dio la mano y le regaló una sonrisa—. Pasen, que tenemos un rato todavía.

El ranchito olía a incienso y estaba decorado con muebles de distintos estilos que le habían regalado los fieles a lo largo de los años. Había imágenes de divinidades africanas en las paredes y estatuillas de distintos santos en los estantes. Era modesto, aunque, tras la sala, se veía un gran terreno con un galpón al fondo, iluminado. El Pai los hizo pasar a la cocina y luego de calentar el agua para el mate, se sentó junto a ellos. Hablaba de la misma manera que Laura, atorándose con las palabras y preguntando cosas que él mismo se respondía, aunque aquel día estaba especialmente ansioso. Finalmente había llegado el momento del bautismo de su hija.

—Sí no querés participar no hay problema —le dijo de repente a Marco, con notable habilidad para cambiar de tema—. Te quedás a un costado durante la ceremonia, y listo, nadie te va a obligar. Pero dejame decirte algo

con respecto a nosotros. No todo lo que se dice es cierto. Los medios de comunicación difunden solo las cosas negativas de nuestra religión para denigrarnos y crear una imagen falsa de nuestra fe. ¿Acaso los cristianos no han hecho cosas malas?, ¿y los judíos?, ¿los musulmanes? Todos tienen sus asuntos, pero con nosotros se ensañan y solo se concentran en eso. Ser mandinga es lo mismo que cualquier otra creencia, solo que hay muchos prejuicios y gente que habla sin saber.

Marco asintió y advirtió que le temblaba la pierna derecha de los nervios. Miró al Pai morder una manzana semi podrida y reparó en Laura que se encontraba a su lado. Eran iguales. La misma cara, los mismos gestos, la misma manera de preparar el mate. Aunque ya no era la Laura que conocía, la de las noches en la ciudad, con su pelo al viento y sus ganas de caminar desde Belgrano hasta el Obelisco. Era la Laura rapada, la mandinga, la de su padre. De pronto estaba en un territorio desconocido de gallinas, inciensos, santos y manteles de hule, que ni siquiera sabía que existía. ¿Qué hacía en medio del campo con todo eso? Él era departamento con portero, kiosco en la esquina y cervecería con terraza. Sin sahumeros, ni olor a humedad, ni animales muertos. Tendría que dejarle bien en claro como serían las cosas si querían avanzar en la relación o nada funcionaría entre ellos. Él

también tenía un cuerpo y hacía lo que quería, pero hay ciertos límites que respetar, si no, es imposible... Basta de viajes a Villa Rosa, basta de pelarse y basta de rituales con el padre. Podría visitarlo de tanto en tanto, pero no participaría de aquello. Esperaría a que el padre los dejara solos y se lo diría de una, sin vueltas. Después se iría caminando hasta la estación a esperar su llamada arrepentida. Tomarían el tren de vuelta hasta su casa, con portero, kioscos y cervecerías, y una vez que hubiesen llegado, le preguntaría todo al respecto. Para qué hacían esos rituales, por qué se había rapado y qué necesidad tenía de invitarlo. Luego la llevaría a la cama y se la cogería toda la noche. En cuatro.

Lo pensó, y hasta se levantó para ir al baño y tomar fuerzas, pero nada de lo que planeó sucedió. Cuando el silencio se hizo demasiado pesado y Roberto insistió con la mirada, le respondió todo lo opuesto a lo que había razonado. Luego levantó la mirada y encaró al Pai.

—¿Del pelo que pensás?

—Es su cuerpo y hace lo que quiere —y le dio el último mordisco a la manzana.

El garaje iluminado del fondo era inmenso y tenía techos de chapa y decenas de imágenes de Orishas y Jesucristos. Había unas treinta o cuarenta personas vestidas de

blanco y charlando entre ellos. Algunas mujeres llevaban unos collares de semillas y paños en la cabeza y musitaban canciones en portugués. También había un grupo de rapadas que ordenaban las sillas y los instrumentos y se movían al unísono. Eran de la misma edad que Laura, y Marco sospechaba que también habían tenido el pelo largo, enrulado y algo desteñido en las puntas. Le parecieron bastante atractivas, si bien los harapos les tapaban prácticamente todo el cuerpo, y no pudo evitar imaginarlas cogiendo, con sus espaldas desnudas y sus calvas rebotando la luz, mientras sus amos Mandingas las penetraban.

—Hay que limpiarse antes de empezar la ceremonia —Laura lo sacó de su fantasía y le alcanzó una botella de plástico vacía—. Cargala vos también, tirate un poco en la cabeza y tomá un buen sorbo, pero no la escupas. Los que lo hacen son unos asquerosos o están borrachos. No lo hagas.

Las rapadas pusieron unas cacerolas en el centro y Laura fue de las primeras en acercarse. Llenó de agua su botellita, le dio un buen trago y luego se echó un poco sobre la cabeza. Marco se quedó observando a la distancia, viendo cómo algunas gotitas permanecían un tiempo en su pelada, ancladas en el cuero cabelludo, satisfechas de no haber encontrado resistencia. Go-

titas que en otros tiempos solían mojar su cabello y lo volvían más oscuro y espeso, pero que ahora permanecían impunes en el centro y le daban un extraño brillo.

A los pocos minutos apareció Roberto acompañado de dos africanos, y se ubicaron en el medio del garage, cerca del altar de la diosa Shaniva. Los negros hicieron sonar los tambores y las maracas, y algunos fieles empezaron a aplaudir y a cantar la primera de las canciones. El Pai dijo unas palabras en portugués, y, junto con las rapadas, invitaron a la gente a pasar al centro. La primera fue una mujer morena y algo rellenita, que se puso frente a su maestro y empezó a sacudir el cuerpo para descargar la energía. Las asistentes comenzaron a pasarle botellas por los brazos y las piernas, como si fuera un escaner, en tanto el maestro le arrojó unos pétalos y le pasó un incienso que inundó la sala de olor a madera. Le dijo unas palabras, la gordita sonrió y luego se fue a sentar satisfecha.

La gente fue pasando y saliendo en diferentes estados. Algunos lloraban, otros se reían, había quienes se ponían a bailar con una alegría que a Marco le parecía, como mínimo, exagerada. Una melodía tribal, de otro tiempo, entonada en una lengua desconocida que la hacía todavía más siniestra. Los collares de las mujeres sonaban a serpientes, los tambores eran pisadas de ele-

fantes rebotando en el techo de chapa, y Laura, detrás suyo, lo empujaba como una culebra para que avanzase.

—Dale, te toca —insistió y le sostuvo la mirada—.

Marco se puso en pie y al caminar hacia el centro sintió de repente que las piernas no le respondían. Los músculos le temblaban aún más que en la cocina y tenía una sensación rara en el estómago. No quería estar ahí, en ese tinglado helado, de matronas africanas, tipos con pinta de mafiosos y viejas aplaudiendo como simias. Quería volar hasta su cama, a ver una película con la Laura de antes, a comer empanadas y hacer el amor toda la noche. A dormir hasta el mediodía y luego salir a caminar por los parques de la costanera y volver en taxi respirando el fresco de la Avenida Alcorta. Pero allí estaba de pronto, en medio del templo, frente a su futuro suegro y un grupo de rapadas que le bailaba alrededor. Intentó concentrarse en otra cosa, cuando empezaron a pasarle las botellas, pero era tal la presión que sentía de parte de los asistentes, que no lograba concentrarse. La percusión le taladraba la cabeza y el ritmo uniforme de las palmas le daba escalofríos. Por un momento creyó que lo estaban tocando con las botellas, aunque cuando abrió los ojos, comprobó que no era cierto. Frente a él, cada vez más cerca, el Pai Roberto, con su sombrero marroquí y un camión inmenso repleto de cadenas, susu-

rrando oraciones que parecían no tener sentido. Le hizo un ademán, lo besó en la boca y lo encomendó a sentarse.

Cuando volvió junto a Laura, sintió que se le dibujaba una gran sonrisa desde los labios hasta las orejas, y una oleada de alegría que no había percibido nunca. Y de nuevo el olor a flores, jazmines esta vez, que se esparcían por su cuerpo y parecían perfumar el ambiente.

—Estamos hechos de distintas energías, Marco. Somos energía. Tanto positiva como negativa, emocional y espiritual. También nos inciden las vibraciones de los demás, que, aunque no lo queramos reconocer, nos afectan. Lo que acaba de hacer mi papá es incidir en tu campo áurico y purificarlo. Estabas demasiado cargado, por eso quería traerte.

Él la miró sin entender lo que decía y no pudo evitar observar una vez más su pelada, que ahora formaba un mismo paisaje con las otras. Le agarró la cabeza y empezó a darle besos en todos lados. En la coronilla, en la frente, en el centro. Si ella lo hubiese dejado, le hubiese incluso pasado la lengua por su cabeza.

—Te queda hermoso. Me encanta —y al decirlo tuvo la extraña sensación de que aquello no lo había dicho él, sino una voz dentro suyo—. ¿Y el Pai?, ¿adónde se fue?

—Aprepararse para lo que se viene. Esto recién

comienza.

Y lo que se vino fue la verdadera ceremonia. Solamente unas quince personas en una habitación vacía, despojada de muebles o sillas, iluminada únicamente por decenas de velas. Había imágenes de santos, tanto negros como blancos, y un póster gigante que decía “Jesucristo: *O medium mais grande do mundo*”. Entraron y se sentaron en el suelo, nuevamente en círculo. Cuando el Pai apareció, hizo una reverencia a los fieles y todos bajaron la cabeza al suelo para saludarlo.

Llevaba una corona de plumas blancas a la que no le faltaba mucho para tocar el techo. Se paró con actitud soberbia, como un gallo orgulloso, al lado del altar de Yimaniva. Unas campanas dieron cuenta del inicio del ritual y poco a poco empezaron a llamar a los mediums.

—Ellos son los mediadores entre nosotros y Dios, y son trece —Laura ahora se había colocado un pañuelo en su cabeza, igual que las otras— Cada uno tiene una correspondencia con un santo, estos están a disposición de los vivos para intervenir ante Él. Siempre y cuando les paguemos... Te entran por la cabeza y se te quedan un rato para que les preguntes cosas y les pidas favores, pero después hay que pedirles que se retiren. No se pueden quedar de ninguna manera dentro, porque te pueden traer problemas. Ahora lo vas a ver.

Los africanos dejaron las campanas y empezaron a tocar los tambores a un ritmo frenético y con sus voces gruesas le disparaban municiones de energía en el pecho a los asistentes. Algunos se levantaron y se pusieron a bailar en el centro con las rapadas que se movían al unísono, dando pequeñas vueltas en círculo, rozándose los hombros con las personas que se iban topando. Se tocaban y se separaban, se tocaban y se separaban, al ritmo de la música. Iban venían y volvían a bailar desgarradas. Ocho chicas peladas, flacas y torpes, que se frotaban con el primero que se les cruzaba. Hubo una de ellas, la más alta, que de un momento a otro empezó a moverse histéricamente y cada vez más rápido. Dio vueltas en círculo, tembló, enajenada se sacudió los brazos. Parecía un trompo irreverente, dispuesta a llevarse por delante a todo aquel que se le cruzara. De repente, como una actriz dramática, se frenó y empezó a hablarle a un señor mayor que la miraba como si la esperara hacía años. Le gritó cosas en portugués, empezó a reírse a carcajadas, se acercó a su regazo para que la acunara. Fue la primera, pero no la última. Cada vez fueron más los que empezaron a bailar con las rapadas y a incorporar a las entidades. Había algunos que eructaban sin parar y se tiraban al suelo, otros que vomitaban y seguían tomando cachaza como agua. El aire se puso cada vez más denso y casi que

Marco podía ver a los espíritus deambular sin cadenas por entre los asistentes. Cuando la vio pasar a Laura, sintió de repente que le faltó el oxígeno. Verla poseída, frotándose con otros tipos y hablando en otra lengua, lo había paralizado. Observó la escena desde el rincón más alejado del cuarto, al borde del desmayo y rechazó una tras otras las invitaciones a participar. Se dio cuenta de que la había perdido, o que más bien, nunca la había tenido.

—*Não tenha medo, menino... As imagens que vai ver, não são mais que uma ilusão de seus sentidos*

—le dijo Laura, cuando se acercó a él por un momento, y le dio un beso frío y ajeno.

De pronto la puerta de la habitación se abrió y la luz de la cocina iluminó la figura de un negro alto y fornido, que apenas podía caminar de la borrachera que traía. Se acercó hasta el centro con una gallina enjaulada y el Pai dio órdenes a los músicos para ir bajando lentamente la música. Poco a poco fueron expulsando los espíritus y terminando las incorporaciones. Las carcajadas aumentaron y también los vómitos y las flatulencias, lo que provocaba un aire pestilente e irrespirable. El Pai sacó al animal de la jaula, lo agarró del cuello y lo levantó en alto. Todo el mundo se calló de repente. Uno de los asistentes le alcanzó una botella de cachaza y Roberto le tiró parte de la bebida en la cabeza a la gallina.

Luego se echó un buen trago, dejó la botella, y, como si estuviera escurriendo un trapo, le retorció el pescuezo. Marco cerró los ojos justo un segundo antes y escuchó un ruido a cierre de pantalón y luego un aleteo febril. El animal, aún con la cabeza colgando, se sacudió durante varios minutos en el suelo, danzando por el círculo, buscando inútilmente la salida de aquel cuarto sofocante. Cuando finalmente cayó, el aire del ambiente, que ya no olía a podrido, sino a sudor y a sangre, se llenó de aroma a jazmines. El Pai Roberto agarró a la gallina muerta, la tomó por el cuello y la puso en el centro del salón. Acto seguido llamó a su hija Laura, que se había preparado para aquel momento durante años, y la puso frente a él, de espaldas y agachada, con sus pechos en el suelo, completamente desnuda. La Laura enrulada, que le gustaba maquillarse y salir a comer por Palermo ya no existía, ni siquiera en los más valiosos recuerdos de Marco. Quizás nunca había existido. Ahora estaba ante sus ojos la verdadera, la Mandinga, la de los espasmos y los bailes con los negros, la de los rituales en galpones de Villa Rosa. La que se agachaba frente a la inmensa figura de su padre, que, tomando la gallina por el lomo, le cortaba el pescuezo con un machete y le vertía la sangre en la cabeza a su hija. Una cabecita desolada y calva, que solía ser abundante, enrulada y algo des-

teñida en las puntas, que ahora recibía decenas de gotitas rojas, que se mantenían unos segundos en el centro y luego caían pesadamente por su espalda desnuda.

| LAS BOSNIAS |

ESTOY HACIENDO DEDO con el Planta, que le dicen así por qué es flaquito como un tallo y porque una vez lo dejó plantado una chica y se enteró medio Chile. Y en la ruta, en medio de la Pampa, llenos de tierra, polvo y con tábanos que nos persiguen, me agarran unas ganas bárbaras de escapar de ahí y no hacer más dedo, tener plata y no depender de rogarle a alguien que nos lleve con su auto. Lo quiero matar al Planta, porque como buen vegetal que es, espera paciente y tararea canciones con la guitarrita, y yo histérico porque ningún guacho nos quiere parar. Pateo piedritas de la bronca y veo la misma ruta hace horas y mis deseos de cruzar a Brasil hecho polvo. Quiero playa, mujeres con poca ropa y nada de este pueblo de mierda

llamado Trinqui Guasi. ¿Qué podía salir bueno de un lugar llamado así, que ni siquiera se puede pronunciar bien? Trinquí Guasí o Trinqui Guasi, qué sé yo... Había gente re conserva y no pudimos hacer nada de plata tocando, y así un mes, atascados en esta ruta perdida.

Odio hacer dedo. Prefiero ir a hablar con algún camionero o ir preguntando en el pueblo, o incluso meterme en el maletero de algún autobús, como esa vez que volvíamos de Bolivia y casi nos asfixiamos ahí adentro, pero cualquier cosa menos el dedo. Es indignante tener que levantar un pulgar para pedirle a un coche que pasa a ciento cincuenta kilómetros por hora que se digne a frenar. Un forrito que está muy fresquito con su aire acondicionado y que va a llegar muy rápido adonde le dé la gana sin tener que tardar un siglo como nosotros. Encima hace horas que no pasa ni la bola de ovillo del Western, y ya no podemos volver al pueblo porque no tenemos ni un peso.

—Laucha escúchame... Pero escúchame bien lo que te digo—. El Planta se me acerca inquieto, ya no me soporta—. Vamos a visualizar el próximo auto que va a pasar por la ruta, y te apuesto lo que quieras que va a terminar parándonos. Imaginemos todo. Qué marca, con qué personas, cómo nos abordan, dónde nos llevan. Pensá rey... Usá un poquito el termostato.

Me río porque me causa gracia cuando quiere hablar en argentino y no le sale, pero después le contestó que no, que es absurdo y que no tenemos el poder para hacer que sucedan las cosas y menos de esa manera. El dedo es una pérdida de tiempo.

—Mejor es estar estresado como un oficinista, ¿no? Relájate un poco, *weón*. No hay trabajo esperándonos, ni universidad ni familia, ¿te acuerdas? Tenemos todo el año para llegar a Brasil. —Me da una palmadita cariñosa en el hombro, y como siempre, me termino calmado. Le veo esa paz que tiene en la mirada, con los ojitos chinos y la barba tan larga que casi los tapa, y le digo que está bien, que lo hagamos, y me alejo unos metros, cerca del cartel de la ruta. Cierro los ojos, respiro profundo y pienso en lo primero que se me viene a la mente. Dos chicas, una rubia y una morocha, altas las dos, y con buenas tetas. Vienen contentas pero aburridas, manejando una de esas camionetitas de hippies en las que se puede dormir dentro, y de pronto se les ocurre pasar por donde estamos nosotros. Nos ven a lo lejos, sucios y hambrientos y frenan el coche en nuestras narices. “¡Ey guapos!, ¿cómo están?, ¿quieren que les demos un aventón?”. Y nosotros que sí, obvio, subimos al auto y en el primer hotel que nos cruzamos, alquilamos una habitación los cuatro y dalequedale all night long. Lo pienso

bien con lujo de detalles y se lo relato al Planta, que abre los ojos un momento y se ríe.

—¿Ves que esto es mucho mejor que ser un amargado? —los cierra y hace uno de sus silencios budistas.

Yo envidio que pueda relajarse en medio de la carretera, y de la ansiedad, voy y vengo hasta el cartel que dice “Zona de servicios diez kilómetros”, pateo las piedritas, espanto las moscas que me persiguen. Después de un rato me hace señas para que me acerque y nos sentemos nuevamente sobre las mochilas, al costado del camino. Decido entonces que es un buen momento para sacar el paquete de galletitas Pepas, que comemos desde hace una semana todos los días, y se las ofrezco, aunque sé que en el fondo las odia. Él no come, yo sí, pero cuando estoy por terminar el paquete, siento de pronto el motor de un auto que viene desde el pueblo y arrastra polvo y música hacia nosotros. Fusiles de motor inyectado para ir más rápido y cumbita dalequedale. Y del polvo y el beat villero, emerge una cupé fuego que baja la velocidad violentamente y se frena en seco frente a nosotros. Dos chicas más grandes que nosotros, una medio europea, la otra medio gitana, con gafas de sol y cuatro tetas tamaño Arial 72 se asoman por la ventanilla.

—¿Qué onda chicos?, ¿qué hacen por acá? —dicen con un acento raro. No logro elaborar una respuesta, el

Planta tampoco.

—No vamos lejos pero si *querer* llevamos unos kilómetros — Yo respondo con un chiste, pero de los nervios no me sale bien, y el Planta me calla y les contesta que no hay problema, que adónde quieran dejarnos nos sirve.

Ponen el coche unos metros más adelante, al costado de la ruta, y nos llaman con una seña. Vamos corriendo como dos gacelitas y no puedo creer lo que está pasando, son iguales a como las imaginé, Planta, una rubia y una morocha, ¿entendés?, y él, cállate cállate que nos escuchan... Se bajan para abrirnos el baúl y veo que son altísimas y van vestidas con uniformes de gimnasia, como si fueran jugadoras de vóley o algo así.

—¿Para dónde van?, ¿son solos?

—Sí, solo estos dos melenudos inocentes rumbo a Brasil —respondo, y la más alta se ríe, pero la otra no y el Planta tampoco y con jetas de cumpleaños sorpresa subimos al coche.

Hablamos un poco de todo, charlita encimada y ansiosa, Chile, Argentina, las rutas de la Pampa, nuestros viajes, y ellas no paran de hacernos una pregunta tras otra. ¿Y sus familias?, ¿de qué trabajan?, ¿qué comen?, ¿cuándo piensan volver?

—Nuestra familia son las personas que nos vamos cruzando por el camino—el Planta toma la posta inflando

su pecho trasandino—. Así viviremos al menos hasta los treinta, cuando seamos viejos, y como ahora ustedes son nuestra familia, mañana mismo nos vamos todos juntos a Brasil.

Ellas se ríen y mueven los pelos al viento como en una publicidad de champú, y dicen que se lo van a pensar, pero que si queremos, mientras tanto, podemos ir a su casa que no queda muy lejos.

—¿Les gusta la pizza? —la medio gitana se da vuelta y se baja los anteojos para observarme.

—Me como todo lo que me pongan delante—le tiro y ella sonríe y le comenta algo a su amiga que no llego entender.

Seguimos con el dalequedale de la cumbia y la charlita encimada, hasta que en un momento nos salimos de la ruta y nos metemos por un caminito de tierra, entre plantaciones de choclos y campos sojeros. Viajamos un buen rato, ya no se distingue el pueblo ni los palos de electricidad, hasta que al final del camino, vemos un caserón de estilo árabe con columnas en la entrada y balcones en el primer piso. Rodeado de árboles rarísimos, y un estanque con patos, parece el decorado de una película de los años cuarenta.

—Aquí *vivemos*. —dice la más europea y estaciona el coche justo en la puerta.

—¿Acá?, pero... ¿todo el año? —y al instante me arrepiento de mi pregunta, porque en realidad quiero preguntar: ¿cómo viven ahí?, ¿cómo pagan esa casa?, ¿de quién es?

—Somos un tiempo, no hace mucho—contesta la gitana y ahora que la veo bien, me doy cuenta de que es mucho más alta de lo que parecía en la ruta, un metro ochenta o algo así. Tiene unos hombros re fuertes que parecen de acróbata. La otra también es bastante musculosa, y cuando se sacude el polvo del uniforme, se notan sus piernas de deportista re duras y las tetas que parecen dos cabezas de enano. Me da la sospecha de que son lesbianas o algo así, le digo bajito al Planta cuando bajamos las mochilas, pero él me calla y me dice que disfrute, que todo se nos está dando como queríamos. Le hago caso y entramos.

La casa es tan grande que podrían vivir diez personas o más y tiene las habitaciones en la primera planta y abajo todo integrado, cocina, living y un comedor con ventanales que dan a un bosque. No tengo idea como harán para mantenerla pero la tienen impecable. Cuadros antiguos sobre las paredes recién pintadas, mesitas de cristal con libros de moda, un sofá de cinco o seis cuerpos. Todo tan ordenado y limpio que parece salido de una revista de decoración para viejas de Recoleta.

—*Dejar* las mochilas acá abajo —dice la rubia y

nos acompaña a la primera planta. Nos da unas toallas y un bolso con ropa para cambiarnos y entramos al baño, todo impecable y perfumadito, ni una mancha. Por primera vez en semanas nos duchamos con agua calentita.

—A ti te gusta la más gringa —me dice el Planta y se enjabona las bolas con todo el tiempo del mundo.

—Y a vos la gitana, ¿no? —respondo, y no hace falta decir más nada. Chocamos las manos y festejamos bajito para que no se enteren, y ahora sí puedo relajarme, y enjabonarme yo también las bolas con todo el tiempo del mundo.

Salimos del baño con el torso desnudo, alargando un poco la caminata para intentar despertar alguna sensación en las chicas, y nos metemos en uno de los cuartos. Abrimos el bolso que nos dejaron y siguen las sorpresas. Hay ropa como para dos peones de campo pero mucho más gordos que nosotros. Dos bombachas marrones, unas alpargatas blancas y camisas verdes de espantapájaros. ¿Con quién vive esta gente, Planta? Pero él, rápido de reflejos, palmadita en el culo para que me calle, y se empieza a poner la pilcha.

—Ya fue Lauchita la ropa. Tamo' en el baile, hay que bailar, ¿o no, gurí? —me dice con tono de gaucha chileno y estallamos de la risa y todo va tan bien que no nos importa nada, ni siquiera estar vestidos de campe-

sinos gordos y así re flasheados re manija bajamos las escaleras para encontrarnos con las dos gringuitas.

—¿Hay hambre? —preguntan desde la cocina y al verlas amasar las pizzas me deslizo hacia la mesada como una yarará hambrienta.

—Así no poder andar por las rutas, están muy delgaditos —dice la gitana con las manos pegoteadas de harina y nos convida una cerveza.

Sí, mami, lo que quieras, le digo en mi cabeza, y me arremango yo también para amasar, aunque ellas se niegan rotundamente. Somos los invitados, dicen, y no tenemos que hacer nada.

—*Sentarse* en sillón a seguir cantando, que pronto van las pizzas.

Bueno, al final el Planta tenía razón en todo y soy un pelotudo, ¿no? Estas cosas pasan a veces. Después de tanta malaria y tanto cenar tajadas de viento con tábanos, finalmente aparece la suerte.

—¿Qué tocamos, Planta?, ¿otra chacarera? —y él me lanza esa miradita que le conozco y lo veo desenfundar la guitarra como si fuera su verga y entonar una de Atahualpa a grito pelado. Me emociono al escucharlo cantar y lo acompaño un poco con mi viola, pero mi mente sigue con las dos gringuitas en la cocina. Las veo trabajar la masa y pegarle con el bollo a la mesa y me

muero de ganas de que hagan eso conmigo. Desnudame un poquito, gringa... Rociame con agüita y tirame harina encima. Poneme levadura, dos chorritos de aceite y sal a gusto. Haceme un bollito y golpeame contra la mesada que me re cabe. Manoseame todo y con un cuchillo afilado cortame en pedacitos. Dejame levar un buen rato y cuando esté a punto, suavizame con otro poquito de agua y agregame más harina. Esparcime con un poquito de oliva por toda la bandejita tibia y acariciame con tu salsa de tomate, que yo me quedo tranqui y no me quejo. Poneme pedacitos de queso fresco y dispersalos por mi naricita, mis orejas, mi estómago, mis piernas, mi margarita. Condimentame con todo lo que encuentres y después meteme al horno y morfame...

Hicieron de cebolla y queso, tomate y anchoas, y cuatro quesos. Están finitas y crocantes, con abundante mozzarella en todas, y las bajamos con unas cervecitas artesanales que parecen venidas del futuro. Le damos un buen rato a la charlita dalequedale, y cuando hacemos una pausita tabaco, empieza a enrarecerse el ambiente y ya no parecen tan simpáticas como antes. O quizás sí, pero se las nota distintas, como si estuviesen ansiosas por algo. Ya no comen y solo nos miran fumar y nos sirven una porción tras otra. Le tiro un par de mi-

radas al Planta, a ver si hace algo, pero él no se entera y sigue concentrado en hablar de folclore, de biodecodificación, del flaco Spinetta. Entonces de la nada ellas cambian la onda, y como si no existiéramos, se ponen a hablar en un idioma raro, que parece ruso o algo así. ¿Qué les pasa, Planta?, lo codeo apenas, y él, ni idea, me dice por lo bajo, hasta que después de un rato ya es medio insoportable y no aguanto más y se los digo.

—Ey chicas... Aflojemos, ¿qué onda?—y ellas paran y nos piden disculpas y vuelven al castellano. Nos dicen que son hermanas, que vinieron de Bosnia cuando eran chicas, y que escaparon de la guerra para que nos las matasen. Dos Bosnias que perdieron a los padres y se vinieron con un tío y un amigo y nunca volvieron a su patria. Lo miro al Planta y la verdad es que no sé si creerles porque no tienen mucha pinta de balcánicas con el auto pistero y la cumbia y Trinquí Guasi, y menos de refugiadas de guerra en este flor de caserón, ¿no? Mejor sospechar que confiar, dice mi viejo, aunque bueno... A veces mejor confiar que sospechar... Puede ser, ¿por qué no? De hecho, ahora que las veo bien, tienen pinta de balcánicas. Son rellenitas y tienen orejas como de por ahí, ¿no Planta?

—O sea que son dos Bosnias viviendo en medio de la pampa argentina... —digo en voz alta, con mi manía

de titularlo todo, y ellas se ríen y contestan que sí, pero que el tío ya murió, que están solas, y nos sirven más pizza para cambiar de tema.

—Yo estoy bien, estoy lleno —dice el Planta por cortesía, pero yo no le doy bola y me dejo seducir por la pizza. La verdad es que no sé cuándo voy a volver a comer, así que a seguir morfando. Me clavo tres, cuatro, cinco, siete pizzas enteras y el Planta al final se suma y me juega una competencia a ver quién come más.

Las matamos a preguntas sobre la guerra, Yugoslavia, Los Balcanes y todo eso, y a medida que atraviesa mi cuerpo la levadura del amor las veo a las gringas cada vez más lindas, mucho mejor de cerca que cuando se bajaron del auto, y ¡qué hermoso todo, Plantita! Sean Bosnias o de Catamarca, hace dos horas estábamos intoxicados con Pepas y ahora estamos acá bien piola con estas dos bellezas que te bañan, te alimentan y dentro de nada te cogen... Relajate amiguito... Empezá a dilatar tu estomaguito porque esta noche va a entrar mucha comida, ¿oíste? Tenemos que guardar para todo el invierno, así que hacé lugar como sea. Trituremos, traguemos, larguemos ácidos, distribuyamos nutrientes por todos lados y devoremos tanta comida como nos sea posible, aunque de tanta masa que tengo en el cuerpo los pen-

samientos empiezan a confundirme y de un momento a otro empiezo a decir incoherencias. Como si la sangre estuviese tan ocupada digiriendo tantos kilos de harina que no pudiese dedicarse a otra cosa. Intento bajar la comida con una cerveza y después con otra, pero ya se está poniendo complicado el asunto, y hasta me cuesta respirar un poco. Me giro para decírselo al Planta cuando lo veo más gordo de repente. Sí, Planta, subiste unos kilos, ¿qué te pasó? Parecés el Diego cuando volvió de Cuba. Ya sé, no me digas, al final sos un pobre sudaca como yo y hay que aprovechar y comer como bestias, ¿no? Nadie nos va a dar nada en la vida así que, si viene gratis la cosa, hay que entrarle. Comer hasta reventar, usarles la casa y finalmente cogerse a las Bosnias. Ir al frente, batallarlas, darles matraca, follarlas, dirías vos. ¡Dale guachín!, ¡metete una más! y me empiezo a tentar de la risa, y no sé porque lo hago, pero me río y me río sin parar y veo que mi estómago se empieza a salir para afuera y también debo parecer el Diego cuando volvió de Cuba. Incluso el ombligo se me agranda, y a la mierda la pilcha de gaucho, me abro la camisa y hago los botones explotar. Ahora mi cuerpo es el de un cetáceo inflamado lleno de agua y peces pizzas, imposible de moverse fuera del agua. Y se viene el postre, ¿eh? ¡Avanti Planta!, anotame ahí. Aprovechá a meterte azúcar, leche y grasa que un poco

de calorías nos vienen bien. ¡Dale gitana!, mete el heladito acá, no seas ratona amiga. ¿Solo eso? Poné un poco más. No seas amarrete que seguro tienen plata ustedes, ¿sino cómo pagan esta casa sino? Servime otra porción que después... la que se les viene... Una vez que me saque toda esta comida de encima, ya van a ver de lo que soy capaz. Uy, Plantita, fijate cómo lametea la cucharadita con helado para provocarnos, ¿ves? Están con nosotros, te lo aseguro. En un rato más se arma el baile y el dale-quedale. Sí, obvio, vayan a arreglarse tranquilas, chicas, las esperamos acá. Ay, por dios, que lindo, miralas como suben las escaleras con esos culos gordos de gimnastas, Planta. No sabés lo que me calientan las deportistas, amigo. Estas pibas así larguitas y trabajaditas de gimnasio, me vuelven loco, con sus piernas de roble y esos ortos duros y grandotes. Dale, preparate, que ya está. Se viene lo mejor ahora... En un ratito van a bajar estas dos gringas vestiditas con un shortcito y sin corpiño, rebotando sus tetotas mientras caminan hacia nosotros. Y si se tiene que armar, se arma, ¿ok? Quizás dos contra dos o los cuatro juntos, ¿qué importa? Tranquilo que ya lo tengo todo en mi cabeza, escuchame. Las sentamos en el silloncito, una de cada lado, yo con la rubia, vos con la más gitana. Arrancamos con unos besitos, despacito, y poco a poco empezamos a bajar la manito. Ellas se van

a dejar, así que las vamos a desvestir ahí mismo, de una. Primero yo con la rubia, como te dije, que seguro tiene la piel sin arrugas y es bastante flexible, y lo empezamos a hacer en todas las posiciones. En el sofá, en el suelo, subidos a la mesa, incluso afuera, en el estanque de patos, y van a gritar tanto que hasta los boludos de Trínqui Guasi se van a enterar. Después vamos a descansar un ratito, no te pensés que soy Superman, y te pido a la gitana y te paso a la rubia. Me voy a meter en el baño con ella, porque siendo tan grandota mejor estar en espacios reducidos para que no se me escape, me voy a sentar en el inodoro, y al revés de lo que pensás de mí, voy a dejar que ella abuse de mí como si fuera minusválido. En todos lados, en la ducha, contra los azulejos, frente a la pileta, en el bidé. Al final no te preocupes porque vamos a terminar todos juntos, amigo. Encerrados en el baño los cuatro, pegoteados de harina, llenos de levadura y aceite y fundiéndonos en un inmenso bloque de masa humana de sexo. Y jodita va, jodita viene, se va haciendo de día y no entiendo como estoy escuchando a los pájaros piar de repente. Veo un poco borroso y no te veo a vos ni a las Bosnias, aunque está nuestra ropa tirada en el suelo, rodeada de moscas. Hay tijeras por todos lados, huele a comida podrida y a partes de carne que se terminaron de pudrir al sol, y me noto gordo, gordísimo,

pero no como hace un rato, sino como si llevara varias semanas comiendo. ¿Qué pasó? Se nos fueron las horas de pronto y ya no reconozco ni mis brazos ni mis piernas, y en cuanto quiero moverme, siento en el estómago una cuadrilla de toros que juntan todo lo que hay adentro y lo expulsan por mi boca. Vomito decenas de porciones de pizza junto con otras cosas verdosas que parecen pastillas y que manchan el sillón de las gringas. ¿Dónde estás, Plantita?, ¿por qué no te veo?, ¿ya nos las cogimos o estamos en la ruta? Me quiero levantar para buscarte, pero se me vencen las manos y solo tengo fuerzas para acostarme en el suelo de tan cansado que estoy. Con la mirada hacia el ventanal que da al bosque, veo la casa de las Bosnias tan distinta, más grande, menos lujosas, toda dada vuelta. Una vaca pastando me mira fijo y el campo se mezcla con un bosque que solía tener pájaros y flores pero que ahora está pelado y solo le quedan algunas ramas. Las nubes van y vienen, como aceleradas, y el sol tibio, muy tibio, entra en diagonal por el ventanal y me da justo en la cara. Es el solcito del bueno, de tarde de invierno que se está apagando, y a lo mejor, los rayos me curan un poco y en un rato consigo levantarme... Yo creo que ya nos las cogimos, Planta, por eso estamos así, hechos mierda. Solo que pasó tan de golpe y tan rápido que no nos dimos cuenta, ¿entendés? Al final nos salió bien

y estamos comidos y bañados y no tenemos que pensar más en hacer dedo y en ese Triqui Guasi de mierda.

Las rutas de la Pampa son solitarias y a veces tienen asfalto y a veces tierra. Caminos de piedritas que llevan a los ranchos, o asfalto que se va rompiendo por el paso de los camiones. Las rutas de la Pampa son muy solitarias, pasan pocos autos, y si te quedás hasta tarde viene la policía y te pide los documentos. Son re-contrasolitarias y peligrosas, por eso te quieren identificar, ya que algún loco te puede hacer algo y terminar hecho pedacitos en una zanja. Son igual en todos lados, en Bolívar, Central-Co, o en Santa Fé, pero las de Trinquí Guasi tienen tábanos que te persiguen y en verano se escuchan las chicharras. Nosotros estamos en el mismo lugar de antes, o de siempre, frente al cartel que marca los diez kilómetros con la zona de servicios. No escuchamos ni chicharras ni ranas croar, y hace frío, con rugido del viento incluido. No sé cómo llegamos hasta acá, o cuándo empezó el invierno, pero siento que algo no va bien. Es una angustia que me nace desde adentro, en mis entrañas o en mi hígado, y que no me deja razonar con claridad. Estoy con

el Planta, que le decían el Planta porque era flaquito como un tallo, pero que ahora es una especie de arbusto obeso y está peor que el Diego cuando volvió de Cuba. De hecho, le cuesta caminar y por entre la mochila, ya minúscula en su espalda, se le ven pedacitos de grasa de su propio cuerpo que se van cayendo de a poquito y que en cualquier momento van a querer picotear los cuervos. Parecen chinchulines o mollejas con mucha sangre, y él se asusta y me dice que yo estoy igual. Que llamemos a alguien, que salgamos de acá, que si tengo gusto feo en la boca. Sí, le respondo. Como a remedio o algo así y una acidez terrible. Ya no creo que nos las cogimos, Planta, de eso estoy seguro, pero tampoco es que me acuerde mucho. Lo último que recuerdo fue verlas bajar por las escaleras, pero sin las tetas que imaginaba, ni la ropa de gimnasia. Tenían una especie de uniformes de mecánicos y unas tijeras y alcohol en botellas y creo que había un tipo con ellas. ¿No estaba muerto el tío, Planta?, ¿para qué era todo eso? Él no contesta, está muy nervioso y tira su mochila a la zanja y empieza a caminar rápido, con los pedazos de tripas que se le van cayendo. Trato de ayudarlo, pero él nada, me dice que siente un vacío tremendo y ganas de llorar y que está muy cansado, que no puede ni siquiera pensar. No puedo mear, *weón*, me dice y se baja los pantalones como puede y me muestra

sus genitales. Lo que veo me horroriza. Tiene mutilado la verga en distintas partes y está bañado en sangre. Se sigue bajando los jeans y sus piernas tienen tajos y partes vacías donde se ve incluso parte de los huesos. Hay mordeduras por todos lados y sangre seca e infectada. Yo me agarro la cara del espanto y pienso qué hacer, a quién llamar, adónde ir, pero me doy cuenta de que estoy demasiado débil y en una ruta solitaria, muy solitaria, a diez kilómetros de ese Trinqui Guasi de mierda. Y en medio de la pampa, llenos de tierra y con tábanos que nos persiguen, me empiezo a sacar la ropa y veo mis cicatrices por todos lados. Pedazos que no están, grasa que va supurando y me mancha los pantalones, sangre por todos lados... Cortes cicatrizados con hilo y aguja en mis piernas, en mis riñones, en mi estómago, en mi pecho. ¿Y qué sucede? Sucede que de pronto, a lo lejos, casi desde el pueblo, sentimos un motor de un auto que trae polvo y música. Música de cumbia villera y motor inyectado para ir más rápido. Y del polvo y el dalequedale, emerge un auto con dos caras que se asoman por la ventanilla. Son dos Bosnias que pasan delante nuestro, con sus pelos al viento y una estela de polvo que nos devuelve algo de realidad, pero que no ahuyenta a los tábanos, ni asusta a los cuervos que nos miran en la distancia.

| LO DE BERMUDEZ |

YO SOLÍA IR A UNO DE ESOS LUGARES que hay en el centro. Al principio iba los sábados a la medianoche, justo antes de acostarme, pero con el tiempo se me fue haciendo costumbre. Comencé a ir los jueves, los viernes, y también hubo martes y lunes. Hubo semanas, incluso, que tuve asistencia perfecta... Era lo único que me sacaba los nervios de la oficina. Ni el gimnasio, ni la televisión, ni siquiera una buena paja. El local, siempre el local.

Lo llaman “lo de Bermúdez” y de la puerta cuelga un cartelito pintado a mano. “Sí, es aquí...”, dice. Tocás el timbre y entrás. Y todo se vuelve acuoso...

Las primeras semanas me sentí culpable por invertir tanto tiempo y plata ahí, pero después fui char-

lando con otros clientes, y me pensé mejor el asunto. Me dije: ¿Por qué no?, ¿no me mato trabajando sesenta horas a la semana para darme ciertos gustos? ¿Acaso está mal intentar descargar toda la basura de la oficina que a diario separo, mastico y trago? ¿Por qué no?, me dije. ¿Por qué no?.. Nada es más placentero que tomarme un Gin Tonic en el sillón violeta de la sala mientras espero a las vedettes del subdesarrollo. Oír su taconeo cuando se acercan desfilando y sentir sus aromas, que no son los de la cueva, de cigarrillo y desinfectante, sino a cueros gastados, que todavía huelen a colonia y jabón, pero también al sudor de los hombres.

¿Si salí con mujeres fuera de Bermúdez? Algunas veces. Mirella, Malena, Mariana. Todas con M... Pero lo padecía... Me hacían perder tiempo y plata, me obligaban a hablar, y a mí no se me da muy bien la charla. Prefiero estar en el local, con la copita en la mano y las persianas bajas, esperando a que mis murcielaguitas salgan de su cueva.

Además la patrona me deja hacer lo mío sin problemas y ninguna de las chicas se queja nunca. Es que comparado con lo que hacen otros clientes, lo mío es un cuento de niños. Hay un tipo, me dijo la Gallega, que va todos los viernes al otro departamento que tienen, y paga cuatro horas por Micaela, una de las chicas trans.

Cenan pizza, toman champán, hablan de cualquier cosa, hasta que después del postre ella le entrega el regalito que tanto está esperando su cliente. Una cajita roja con moño y todo. Adentro, preservativos usados. Llenos. Todos los que usó en una semana de duro trabajo. El tipo se acuesta en la cama, abre el regalito y mejor no contarles como sigue...

Yo en cambio soy bastante sencillito. No me interesa el sado, ni lo excatológico, ni los menores, ni la zoolofilia, las asfixias, la necrofilia o la sangre. Lo mío es más sano. Lo mío son las tetas. Pero no en cualquier estado. A mí me gustan las tetas con leche. Me vuelve loco la idea de una persona entregando parte de sus nutrientes esenciales para contentar a un ser humano hambriento. Pero no por el hecho de que haya un bebé ahí metido chupeando, sino por ellas. El chico no cuenta para mí, es la acción de alimentar la que me interesa.

A veces, cuando voy en el tren y huelo el aroma rancio de alguna mujer amamantando, tengo que escurrirme entre los pasajeros y bajarme en la primera estación que veo para tranquilizarme. El olor de la leche materna es un aroma inconfundible que me altera los nervios.

No sé por qué me pasa. Supongo que será el recuerdo de mis hermanas gemelas, que de bebés, eran in-

saciables. Mi mamá se la pasaba con la teta afuera, en cualquier lugar y a cualquier hora, con una o con la otra y a veces con las dos al mismo tiempo. Tenía las tetas grandes y apaisadas, siempre calentitas, y era tal su suavidad, que lo único que me interesaba era prenderme a sus pezones y que aplastasen mi pequeña cara. Chorritos tibios y dulzones, nunca agrios. Una leche deluxe

Por eso cuando llegó Arismay no pude volver a concentrarme en otra cosa. Lo único que tenía en la cabeza eran tetas. De todo tipo. Grandes, pequeñas, cónicas, hacia los costados, blanditas, operadas, de pezones grandes, de pezones rosados, de las que llegan hasta el ombligo o las que se quedan quietecitas a la altura del esternón. Tetas, tetas, tetas, tetas...

La conocí un viernes de enero, una tarde de calor insoportable que nos dejaron salir antes de la oficina porque se había roto el aire acondicionado. Nunca antes se me había ocurrido ir al local de día. Era rarísimo. El sol se colaba por las persianas del living iluminando una sala que solo había visto de noche con luces fluorescentes. Había otros ruidos en el ambiente, las cosas se veían distintas, incluso se podían apreciar unos cuadros que colgaban incómodos de las paredes. Unas acuarelas que intuyo que pintaba una de las chicas mientras esperaba a los clientes. Eran todos paisajes de mar, con soles

anaranjados y personas en veleros que parecían querer escapar hacia algún lado. Personas sin caras ni sexo, que se movían inquietas por las aguas del océano. Ectoplasmas de los cientos de personas que habían pasado por su cuerpo, aullidos desgarradores que se escapaban de la vieja garganta de Bermúdez. En definitiva... unas pinturas horribles.

Estaba por pasar con Marisa, turno completo, libres participaciones, cuando se me acercó la Gallega y me preguntó si podía esperar unos minutos más, que quería presentarme a una nueva integrante. Le dije que no había problema, me invitó una cerveza, y la vi renquear hasta el pasillo que lleva a las habitaciones. Se ve que había llegado tarde o algo así, la chica, porque escuché que la mandoneaban y en menos de cinco minutos ya la tenía lista en la sala. Vestida con un traje de enfermera que le quedaba un poco grande, unas medias de red negras, y tanto maquillaje que casi no se veía de qué color tenía la piel.

—Arismay —me dijo, y me dio dos besos, uno en cada mejilla—. Que por si no lo sabes significa la Diosa del Mar...

No era para nada linda la cubana, hay que decirlo. Bajita y muy flaca, con los pómulos pronunciados y las orejas hacia afuera. Además, usaba el pelo muy corto,

cosa que no ayudaba en absoluto. No pocas personas la considerarían fea. De hecho, sus compañeras, cuando no estaba, la llamaban la Niña Rata. La Niña Rata llega siempre tarde, la Niña Rata grita mucho, la Niña Rata tira los tampones al inodoro, la Niña Rata es fea. Fea fea.

A mí, sin embargo, no me importó en absoluto. Su aroma láctico me confirmaba que estaba amamantando o pronta a hacerlo, y no dudé en pagarle a la Gallega un turno doble. Agarré su mano callosa, y atravesamos juntos la sala hacia el pasillo, a esa cueva húmeda y sombría, de televisores encendidos y olor a naftalina.

Lo primero que hizo fue sacarse el batín de enfermera y quedarse en lencería. Nuevamente me sorprendió su cuerpo. Era de una flacura extrema con las clavículas pronunciadas y las costillas a la vista. Sin embargo sus tetas estaban firmes e hinchadas, demasiado grandes para su diminuto cuerpo. Dos ubres potentes que parecían el único rincón proteico de su cuerpo.

—¿Querés una cerveza?, no le voy a decir nada a la Gallega —y saqué dos latas de la heladerita bajo la ventana.

La cubana aceptó, y nos sentamos un momento en el borde de la cama mirando hacia el frente. Estuvimos un rato largo, sin hablarnos, escuchando ir y venir a la bandada de trabajadoras por los pasillos. Me terminé la

cerveza, me agarré otra, y después otra más. Por suerte ella de a poco se fue relajando, supongo que ya le habían hablado de lo que estábamos por hacer, y de a poco comenzó a largarme su historia. Que hacía poco que estaba en Buenos Aires, que la gente era muy simpática y que una de las cosas que más le había llamado la atención era que cada casa tenía su propia acera. Esa palabra usó. *Acera*, en vez de vereda. Que aquello en la Habana era imposible. Que no se podía hacer absolutamente nada sin permiso del estado. Ni siquiera echarse un polvo.

Me reí por la ocurrencia, y aproveché el momento para acercarme un poco más. Alargué mi mano temblorosa y pude por fin tocarla. Sus tetas eran simplemente hermosas. Suaves en los bordes, de pezones marrones y algo apaisadas hacia los costados, muy parecidas a las de mi madre... Las acaricié, les hice masajes, las apreté un poco. Le pedí permiso, y finalmente arrimé mi boca a uno de sus pezones. Y al hacerlo, al tomar contacto con esas pequeñísimas gotas de leche materna, sentí que alguien me había llevado como un pájaro hasta mi infancia, a la casa con la parra en el fondo y la teta a la hora de la siesta. A la cama con mis gemelas, una con el pelo suelto, la otra con el pelo atado, y a una tercera teta de mi madre que alcanzaba para satisfacernos a todos. Una nube de leche con su cara y nosotros allí dentro, flotando

y abriendo nuestras boquitas para recibir todas sus vitaminas. Tragando y tragando toda su esencia. Comiendo de ella...

Casi cuarenta años después, gracias a La Diosa del Mar, volví a sentir el sabor de mi madre. Dulzón, aguado, un poco agrio... Y ahora que lo tenía en mi boca, que estaban frente a mí esos dos pechos redondos y carnosos capaces de hacer crecer a un humano, de ninguna manera pensaba perderlos. Quería desayunar, almorzar y cenar en esas tetas. Les pondría pinzas, incluso, para que entregasen más y más leche. Succionaría hasta la última gota y después, le entregaría mi propia fantasía. Así hasta el final de los días...

Daba igual vivir, morir, enfermar, sanar, que sangre, que no sangre, mañana, hoy o nunca. En ese momento era capaz de cualquier cosa. Y cuando digo cualquier cosa me refiero a la interminable lista de posibilidades que encierra esa frase. Desde quemarla o asfixiarla a besos, hasta robarme un cohete y juntos colonizar un nuevo planeta. Cualquier cosa...

Por suerte tocaron la puerta, no entiendo cómo se pasaron tan rápido las dos horas, pero gracias a eso un rayo de lucidez me atravesó la conciencia.

—¿Ha quedado satisfecho mi niño? —me dijo sin esperar la respuesta, y se dio media vuelta ya habiénd-

dome olvidado.

Yo me levanté de un salto y comencé a vestirme. No, me equivoco. Creo que puse la cabeza debajo de la almohada un momento y traté de llorar del dolor y del placer, aunque no pude. Luego intenté ponerme los pantalones pero era tal la erección y el temblor en las piernas que no lograba cerrármelos. Estaba como si me hubieran dado una descarga eléctrica, envuelto en un remolino instintivo que quería chuparme y escupirme en otra galaxia.

Llegué a mi casa y lo primero que hice fue cerrar la puerta con llave y poner la traba, para recordarme que en ese estado no debía salir a ningún lado. Me metí en el baño con una botella de Ron y me masturbé una y otra vez pensando en Arismay, en las gemelas, en nuestro planeta lácteo. Y cuando ya no pude más, con la verga herida y las manos ya inertes, me quedé dormido.

Esa noche soñé con ella. Yo era una hormiga y ella una gigante humana sentada en un enorme valle montañoso. Sus tetas eran inmensas, del tamaño de las nubes y estaban rosaditas, listas para alimentarme. En un momento ella me hacía señas para que me acercara y con las gemelas, también hormigas, jugábamos una carrera a ver quién llegaba primero. Empezamos por los pies,

luego las pantorrillas, las rodillas, los muslos... Cuando llegaba a su sexo, en vez de seguir subiendo me quedaba unos momentos en su cueva, respirando ese aire fresquito de cápsula marítima. Caminaba por los recorrecos internos, exploraba sabores, lamía las paredes de su sabrosa Colpa. Después salía y me iba trepando por su vientre hasta sus tetas. Los pezones eran gigantescos, lo que hacía que prácticamente me bañase en ellos cuando los pinchaba con mis antenas. Las gotas eran pesadas como rocas y me hacían caer y tener que volver a empezar. De nuevo lo mismo. Los pies, los muslos, la cueva, las tetas... Tenía que apurarme porque las gemelas eran muy rápidas y siempre me ganaban la carrera aunque por suerte, a veces le daba pena a la Diosa del Mar, me agarraba con su mano y me llevaba a subir hasta sus tetas. Entonces yo trataba de hacerle agujeritos finitos, y suaves, para poder penetrarla de a poquito, meterme dentro y no salir nunca más.

Al otro día me desperté con una idea muy concreta para proponerle y lo primero que hice fue ir a la computadora a investigar sobre el tema. Había demasiado material dando vueltas, desde cosas muy excitantes hasta otras que daban náuseas, pero de una u otra manera todo me resultaba irresistible. No podía parar. Iba de sitio en sitio mirando videos, y fotos y artículos, y de nuevo vi-

deos y fotos y artículos, hasta que después de un par de horas, de tantas ventanas abiertas la computadora hizo un ruido de alarma, una especie de tiiiip largo, y luego se quedó todo congelado. Una pierna, una bata, algo de sangre, decenas de tetas... Le di un par de golpes para hacerla arrancar, pero no hubo caso. Se fueron las partes de cuerpos y se quedó en negro con una raya blanca atravesada en el medio. Una línea horizontal que lo dividía todo en un arriba y un abajo.

Me vestí, tomé un taxi, y me fui hasta lo de Bermúdez a esperarla. Me quedé en una esquina cerca de la parada del colectivo desde donde sabía que tarde o temprano la encontraría. Corría el riesgo de cruzarme con alguna de las otras y que dijeran: “Mira quién apareció, el traidor, el que nos cambió por la Rata...”, era un riesgo, cierto, pero no me molestaba. Ya no me importaba ni la Gallega ni su cueva olorienta. Solo quería a la Diosa del Mar.

La vi unos minutos antes de las ocho, de nuevo llegando tarde, por la vereda de enfrente. Estaba vestida de calle, con un jean y una remera ajustada, revisando el teléfono mientras caminaba.

—¡Arismay!, ¿qué tal?, ¿te acordás de mí?—pero ella, confundida, aceleró el paso—. Nos conocimos el viernes. Soy el de la cerveza...

—Ah, sí, ¿qué tal guapetón?, ¿te veo luego?

—Un minuto. Quería hacerte una propuesta —y le mostré un fajo de billetes para impresionarla—. Ella se frenó, me miró fijo a los ojos y bajó notablemente el tono de voz.

—Mira que no hago cosas raras, ¿eh? Ni golpes, ni orgías, ni tampoco por el culo, que no quiero usar pañales de vieja...

—No es nada de eso, quedate tranquila. Dame tu teléfono y te explico bien —y le acerqué el dinero a su mano—. Tómalo, para que me reserves una noche.

Ella miró alrededor, luego hacia Bermúdez, y cuando se aseguró que no la veía nadie, se guardó los billetes rápidamente en la cartera.

—Llámame a partir de las tres y me cuentas—y me entregó una tarjetita blanca con su nombre y un teléfono escrito en lapicera. Se acomodó el pelo, me tiró un beso con la mano y cruzó sin esperar el semáforo.

Al otro día a las tres en punto la llamé y le expliqué paso a paso lo que quería hacer y de qué manera. Ella hizo un largo silencio y luego empezó a reírse a carcajadas.

—¿Tú estás borracho?

—No tomé una gota de alcohol en todo el día.

—No te creo. Pero igual no, chico. Es lo más raro

que me pidieron nunca. Si quieres sexo normal, una folladita o un poco de leche, sí, pero eso ni loca... Vente a buscar tu dinero de vuelta que no quiero que me acusen de ladrona —y sin esperar mi respuesta, me cortó.

La fui a buscar a la salida del trabajo, me devolvió la plata y me dijo que no apareciera más. Le mandé un mensaje, luego otro, luego otro más, hasta que finalmente me bloqueó. Fui varias veces al local para pasar con ella, pero mágicamente siempre estaba ocupada. Entonces justo antes de arruinarlo todo impulsivamente, antes de cagarla y destrozar mis planes como siempre, pude controlarme, y pensar un poco la situación. Sabía que todo se podía arreglar con más plata y garantías de parte de la Gallega, así que simplemente respiré hondo, dejé de perseguirla por unas semanas, y me puse a trabajar como loco para juntar más dinero.

En pocas semanas me convertí en una verdadera máquina de vender, desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche en la oficina, y no me importaba ni el cansancio, ni lo que podrían decir mis compañeros, ni siquiera perder mi dignidad con la gente. Solo quería sumar más pólizas, más clientes, más facturas, más liquidaciones. Al mes, ya había vendido más que en casi todo el año y mi jefe estaba tan contento que me subió las comisiones. Pude entonces comprarme la camilla,

los faroles, la cofia, y una nueva computadora. Incluso reservé dinero para la Gallega. Le ofrecí la mitad por cada encuentro con Arismay, siempre fuera del horario de Bermúdez. Al otro día, la Diosa del Mar me estaba mensajeando.

—A ver tú... Dime en concreto qué tengo que hacer, cuánto para mí, cuanto para la chica, horarios, todo.

—Son doscientos dólares para vos y cincuenta por la intervención de tu amiga. Y puede haber más, si me esperarás a que cobre el aguinaldo.

—¿Y la Gallega?, ¿cuánto se lleva?

—Eso no te importa —le contesté y le mandé un PDF a su correo donde explicaba paso a paso como sería el asunto. Ella estuvo un rato sin escribirme y como a las dos horas o algo así, me respondió que aceptaba, pero que lo haría solo una vez y bajo sus condiciones.

—Este lunes a las ocho. Única oportunidad...

Le dije que sí, obviamente, y me puse a llorar como si hubiese recibido la noticia de mi propio nacimiento.

Aquellos días fueron largos, larguísimos. Tanto, que, de la ansiedad, solo recuerdo haber estado esperando y nada más. Fue un lunes horriblemente caluroso y húmedo, igual que el día que, según mamá, había venido al mundo. Una de esas tardes que los ancianos andan

medio pálidos y se sienten mal de tan baja presión. De hecho, justo antes de las ocho, se desató una tormenta. Una de truenos que reverberan en los pasillos y hacen temblar las ventanas de los edificios. De escupitajos congelados que caen del cielo e inundan la ciudad en quince minutos.

Dos horas las esperé con todo listo, mientras veía el temporal arrasar con las macetas y toldos. Revisé cinco, diez, veinte veces la habitación. Las pinturas, la ropa, las luces, la computadora... hasta que, en un momento, cuando ya no sabía qué más chequear, se sintió un estruendo fortísimo, y abajo de ese colchón, el timbre.

—Soy yo cariño, la Diosa del Mar.

Temblé. Se sintió otro trueno aún más fuerte, y pocos segundos después tocaron la puerta...

Me peiné un poco, reubiqué mi erección, y les abrí. La cubana me presentó a su amiga, una pelirroja que también era caribeña, y antes de darme un beso, me aclaró que a la tarifa se le sumaba la plata del taxi, que con la tormenta no habían conseguido que ningún amigo las trajera. Le respondí que no había problema, las hice pasar, y recién en ese momento me miró la cabeza.

—¡Qué cambio de look guapo!, ¿todo calvo? —y luego de una tierna caricia en mi nueva pelada, se sentó en el sillón del living como si lo conociera de toda la vida.

Acompañé a la amiga al baño, olía a zorro mojado o a animal muerto, le pagué, y le entregué el disfraz de enfermera. En el living La Diosa revisaba su celular y bebía de mi Gin Tonic.

—¿Todo bien, Arismay?

—Sí, baby, ¿tú?

—Sí. ¿Te acordás todo lo que hay que hacer?

—Todo chequeado, *my love*.

—¿La chica también?

—Sí, peladín. Be calm que hoy es tu noche especial —y en cuanto volvió la amiga, se terminó el Gin Tonic de un saque, agarró la bata que le había preparado, y se fue a esperarme a la habitación.

A la ayudante le aclaré que cuando terminase podía volver al living a tomar algo o ver la tele, o incluso que podía abrir la heladera si tenía hambre.

—Hay una tarta de atún que hacen los del bar de abajo que está muy buena. Agarrá tranquila si querés.

Ella bajó la mirada y dijo que no por compromiso, pero luego descubrí que se la había comido casi entera. Le recordé que no entrara hasta que no escuchara la señal y me fui al cuarto a prepararme.

Lo primero que hice fue desnudarme y llenarme el cuerpo de la pintura rosa. No me había quedado ni un pelo en ningún lado después de la depilación, así que

no fue difícil hacerlo. De los pies a la cabeza rosadito y lampiño como un bebé, sin rastros de pelos de adulto. Le pedí a la enfermera que me diera el pote de grasa vacuna y empezó a pasarme trozos por todo el cuerpo, especialmente en la verga. También me puso en el culo a ver qué se sentía, y aunque estaba muy frío y ardía, estuvo bastante rico y resbaladizo. Cuando estuve listo, puse los ruidos de hospital en la computadora, y encendí los faroles apuntando hacia la camilla donde Arismay esperaba con las piernas abiertas. Me subí despacito, me hice una bolita, y suavemente empecé a abrir con mis deditos su vagina. Poco a poco me fui metiendo dentro. Primero la cabecita, hacía mucho calor adentro, luego el brazo izquierdo, luego el derecho, y por último, con un empujoncito de la chica, el torso y las piernas. Estaba tan rico ahí dentro... No sé cuanto tiempo, quizás unas horas, quizás nueve meses, pero recuerdo que había agua por todos lados, y la lluvia entonces se sentía lejana y ahogada, como si sucediera en otro planeta. Ellas hablaban todo el tiempo, yo no entendía lo que decían, sus voces eran espaciadas, ligeras, roncadas... Cantos de ballenas en medio de mi océano lechoso.

En un momento se escuchó la alarma y a los pocos segundos empezaron las contracciones. Una y otra vez mi Diosa del Mar respiró profundo y corto, profundo y

corto, y gritó mucho. Lo hizo bastante bien, a pesar de que la otra no la ayudaba, y después de varios minutos apretando los músculos de su vagina y su vientre, finalmente logró sacarme, y me vio salir bañado en su sangre. Me tomó en brazos, sonrío, y me llamó “Mi bebito especial”. Lloramos y nos besamos, y me agarró el cordón umbilical para no soltarlo nunca más.

Entonces sí, la enfermera se fue, La Diosa del Mar se levantó la bata, y bajo el frío metálico de la camilla de cirugías, me dejó penetrarla de una vez y para siempre. Me acerqué a sus tetas, una para mi mano, otra para mi boca, y me bebí toda su leche casi sin respirar. Solo faltaban las gemelas.

| LO DE FREDY |

—ES UN PESCADOR QUE TIENE un ranchito en el Cabo —la panadera, ojos chiquitos, voz carraspeada, sacaba figazas del horno como si fueran pizzas—. Es de confianza, lo conocemos desde hace años

Lo llamó por teléfono y a los pocos minutos apareció. Un gaucho grandote y rubión, de espalda ancha y cara cuadrada, que entró a paso firme. Saludó con una venia a la mujer y le entregó un paquete que parecía pescado. Ella le agradeció y luego hizo las presentaciones.

—Estos gurises andan buscando un ranchito donde quedarse.

—A las órdenes. Me llamo Fredy —y nos dio un fuerte apretón de manos a cada uno—. ¿Cuánto tiempo

se quieren quedar?

—Seis días —se me adelantó Pedro, que siempre se me adelanta en estas cuestiones—. Solo queremos descansar.

—Ta bien, chiquilines... El rancho es pequeño, pero para dos está bien. ¿Quieren ir a verla?

Le agradecemos a la panadera con medio kilo de figazas y nos subimos a la parte delantera de la camioneta. Fredy al volante, yo en el medio, Pedro en la ventana.

—Con mi familia empezamos cazando lobos marinos, cuando no había más que estos bichitos y algunos pescadores. Los cazábamos por la piel y el aceite, pasa que después los prohibieron y tuvimos que empezar con los tiburones.

El tipo manejaba muy despacio por las callecitas de arena que componen el balneario de Valizas y tenía gestos femeninos que desentonaban con su herculiana figura.

—El Cabo está lleno de tiburones, pero bien adentro... Con mi hermana les vendemos *lasaleta* a los japoneses.

—¿Qué cosa les venden? —su acento por momentos era inentendible.

—*Lasaleta*. La parte de atrás del tiburón.

—Ah, claro —respondí por compromiso, aunque

estaba convencido de que estaba escuchando el típico chamuyo para turistas. Te cuentan historias de altamar, te convencen de que no hay muchos lugares disponibles para quedarse, te ofrecen una casa que se cae a pedazos. Pedro pensaba lo mismo, aunque no decía nada. Estaba demasiado absorto contemplando las solitarias dunas que bordeábamos y luego se fundían con el bosque y volvían a aparecer frente al mar.

—Hace tiempo que estamos con esto. Acá hay muchas especies y ellos compran. Lo usan para sopas y no sé qué cosa sexual. Pero los lobitos, pobrecitos, me dan lástima. Los tienen en la isla del frente, en una reserva. Los machos por un lado las hembras por el otro. Están ahí aullando, todo el día. Antes por lo menos eran libres...

El paisaje iba mutando a cada paso, y de la reserva de dunas, donde por un momento nos dejó de hablar por el traqueteo de las ruedas, pasamos a una playa desértica y de allí al Cabo Polonio. Un paraje con unas veinte o treinta casas dispersas que parecía que alguien había tirado por azar desde el cielo. Un almacén, la lobería y un faro. Nada más.

El gaucho estacionó frente a la propiedad, justo sobre la puerta y nos hizo pasar. Era un ranchito que olía a encierro y pescado hervido, con manteles de hule y cor-

tinas amarillentas por el tiempo.

—¿A cuánto nos la dejas? —disparó Pedro, de una.

Fredy subió las persianas lentamente y se tomó unos segundos para pensarlo, como si no recordara la última vez que la había alquilado...

—Y bueno... Treinta dólares, chiquilines. Para los gastos...

—Treinta está bien, ¿no Pedro?

—Treinta está bien. —respondió y le pagó los seis días por adelantado.

El gaucho se guardó el dinero en el bolsillo y nos mostró brevemente cómo funcionaban las cosas. La cocina, la heladera, el agua caliente, el baño.

—Miren que el agua de aquí no es potable. Solo nosotros la tomamos porque estamos acostumbrados. Usarla para lavar los platos y esas cosas, pero para tomar, les dejo estos bidones —y señaló dos grandes tarros azules sobre la mesada, que se parecían a los que se usan para transportar nafta.

—Sabían que en el Cabo no hay red eléctrica, ¿no? Muy pocos ranchos tienen estos paneles solares, así que a cuidarla si quieren tener algo de luz por la noche...

No sabíamos, tampoco importaba. Solo queríamos descansar.

—¿Qué más? —preguntó, e hizo una pausa larga,

demasiado pensada—. Ah... cada dos días vendrá mi hermana a hacer la limpieza.

—¿Limpieza?

—Sí, la limpieza.

Lo miré a Pedro y le hice una seña para activar el protocolo anti-chamuyos. Ya me parecía raro que no hubiese letra chica. Siempre hay letra chica en estos casos.

—Gracias, pero no la necesitamos —le respondió y con un gesto lo quiso acompañar hasta la puerta.

—Pero si no se las cobro chiquilines. Si no la casa se les llena de arena. ¿Vieron las dunas que tienen aquí atrás?

Nos dimos vuelta y vimos por la ventana de la habitación una enorme masa de arena, robusta como cien o doscientos Fredys, que nos miraba amenazante. Volvimos a cruzar miradas con Pedro, desactivamos el protocolo, y terminamos por decirle que estaba bien, que lo aceptábamos.

—Las luces funcionan, ¿no? —dije para romper el momento incómodo.

—Claro. Funcionan todas —y se fue a la camioneta un momento para traernos algo que dijo tenía que darnos. Volvió y nos entregó dos paquetes envueltos en papel de diario. Eran pescados. Viscosos y humedecidos. Recién sacados del océano.

—Es un pez gato muy carnoso. Si les gusta luego les traigo más.

Le agradecí, los metí en la heladera y pudimos por fin despedirlo.

—Qué tipo raro, ¿no? —le dije a Pedro que me miró con cara de perro confundido.

—Se parece a Aquaman. Es como un Aquaman uruguayo.

Once meses y medio esperando que llegara el verano para broncearnos y meternos al mar y nos encontramos con que llovía de todos lados. Desde abajo, de costado, de frente, en remolino, desde adentro. Agua, agua y agua. Las dunas parecían derretirse frente a nuestros ojos y el ranchito era una solitaria cápsula en medio de la tormenta. Y el encierro. El perturbador encierro con vista a un faro.

A la tarde, a pesar de que el temporal no menguaba, decidimos salir a dar una vuelta. Ya estábamos ahí, ¿no?, al menos acercarnos a la orilla, ver el mar, sentir el olor a algas... Agarramos unos paraguas y unas botas que encontramos en la casa y empezamos a caminar hasta la playa en dirección a la reserva de lobos. Al poco tiempo

nos dimos cuenta de que no duraríamos mucho fuera. El cielo estaba completamente gris, y el viento, de tan intenso, convertía a la bruma, a la lluvia y al océano en una masa de plastilina que se deshacía frente a nosotros. El paraguas se doblaba, las botas se inundaban, la arena se nos metía por todos lados. Pedro quiso seguir, yo no. Le grité, me gritó, lo insulté, nos insultamos. Se volaron los paraguas... Se fueron abrazados en una ráfaga de viento que se los llevó vaya a saber dónde. Entonces tomamos una decisión inteligente. Nos calmamos, nos dimos media vuelta y volvimos corriendo hacia la cápsula.

Antes de que anoheciera, mientras intentábamos hervir un poco de arroz para hacer el pez gato, nos tocó la puerta Fredy, vestido con el típico piloto de pescador y unos guantes verdes que parecían escamas. Nos preguntó si habíamos tenido problemas con el agua, que estaba desbordando el tanque. Le dijimos que no. Que era el agua la que tenía un problema con nosotros. Él no se rio, ni siquiera amagó a hacerlo, y nos repitió la pregunta.

—¿Seguro tienen?

—Que sí, hombre. Está todo bien—le respondió Pedro, pero el gaucho insistió, se limpió las botas en la alfombra de la puerta y abrió la canilla de la cocina. Definitivamente no había agua.

—Cuando hay tormenta a veces se atascan estas

cosas pero no se preocupen. Ahora subo y se los arreglo.

Se puso la capucha, se ajustó las escamas guantes y salió hasta el patio donde estaba el médano amenazador. Trepó por las rejas de la ventana y lo vimos subir al techo como un verdadero superhéroe.

A los pocos minutos, aterrizó de un salto y entró nuevamente, bastante mojado pero satisfecho.

—Acá puede faltar de todo menos el agua— dijo y abrió la canilla con una sonrisa delicada que no encajaba con su figura—. A menos de tres metros bajo tierra tenemos un reservorio de agua dulce.

—¿Un río debajo del mar?

—Sí —le contestó a Pedro, a pesar de que fui yo quién hizo la pregunta, y lo observó detenidamente—. Tenemos agua de todas las maneras posibles. Salada, dulce, mineral, en bidones...

Luego se hizo un silencio incómodo y el gaucho se puso a observar su vieja cápsula marítima.

—Yo nací en este ranchito, ¿sabían? Mi padre lo construyó solo, sin ayuda de nadie, cuando no estaban más que los lobos y algunos brasileiros que bajaban del norte. Él fue quién me enseñó a pescar los tiburones. A mí y a mi hermana.

Se hizo otro silencio, solo interrumpido por las gotas de lluvia que ametrallaban el techo de chapa de la

casa.

—¿Están bien?, ¿necesitan algo?

—No, gracias —respondí.

—¿Seguros?

—Totalmente —respondió Pedro.

Lo vimos limpiarse las botas, ir hasta la camioneta y volver con otro paquete.

—Está fresquito de esta mañana, cómanlo ahora y si no dejarlo en la heladera, que dos días aguanta.

Le agradecí y metí al pez gato en la heladera junto a los otros. Lo acompañé hasta la puerta y nos dispusimos a continuar con el arroz.

—Creo que está con vos el gaucho.

—No seas idiota —me dijo Pedro y se abrió una botella de vino.

El tercer día, por la mañana temprano, me despertó un golpe en la ventana. Pensé que había sido el viento o el granizo, o vaya a saber qué cosa que caía del cielo, así que no le di importancia y seguí durmiendo. A los pocos segundos se escuchó el mismo golpe y una voz ahogada que parecía salida de abajo del agua. Me levanté confundido, subí apenas la persiana y vi a alguien del otro lado. Pegué un grito y bajé la persiana nervioso. Pedro, que dormía a mi lado, se levantó sobresaltado y nos insultamos y di-

jimos incoherencias.

—¿Quién es? ¿qué quieren? ¿qué pasó?

La figura, en tanto, fue tomando forma humana y se agachó para hacernos señas de que daría la vuelta.

—Debe ser la hermana —le dije a Pedro—. Andá a abrirle.

Me senté unos segundos al borde de la cama para recuperarme, me vestí y salí de la habitación. La puerta del rancho estaba abierta y Pedro estaba rígido, con el cuello algo inclinado y la mirada de perro que no entiende.

—¡Cómo duermen ustedes, chiquilines! Hacía rato que estaba tocando. —Fredy, si queremos seguir pensándolo como Fredy y no como otra persona, se sacó el piloto de lluvia y lo colgó en el perchero sin decir palabra. Llevaba un camisón con motivos florales, unas calzas ajustadas y un pañuelo rosa que combinaba con su vestimenta. Tenía la voz bastante aguda, y tengo que reconocer, dulce.

—Miren, les traigo un pescado que me dejó mi hermano. Está fresquito, de la mañana, pero si no dejarlo en la heladera que dos días aguanta.

Todavía dormido, sin terminar de entender lo que estaba viendo, agarré el paquete por inercia y lo metí en la heladera junto al resto. Por un momento pensé que tanta lluvia y encierro me estaba afectando las neuronas,

o que seguía soñando, pero luego me di cuenta de que no. Era real, estaba pasando. Se había presentado como Lily y dijo que la mandaba el hermano a limpiar la casa.

Empezó por la habitación, luego el living, por último la cocina. Abrió ventanas, sacudió las almohadas, se puso a barrer y fregar el suelo. Limpió con elegancia y precisión, disfrutando cada pequeña acción, silbando siempre la misma melodía romántica. Una especie de bolero que me hacía acordar a las películas de Almodóvar. Nosotros observamos todo en el sillón, sin reaccionar, sin poder salir, sin hacer nada. Viendo como la nueva versión de Fredy llenaba la cápsula con su presencia.

—Bueno, chiquilines. Ya terminé todo —nos dijo a la media hora o poco más—. En dos días, si todo va bien, regreso.

No respondí, solo asentí con la cabeza, y Pedro amagó a decir algo que finalmente no dijo.

—Qué lástima que no puedan disfrutar la playa. Es una pena... No es normal un verano tan lluvioso, pero ya va a estar bien. A ver si hay suerte mañana... —y nos saludó con un beso al aire, agarró el piloto y cerró la puerta de la casa.

Creo que nos quedamos varios segundos en silencio, temiendo que pudiera escuchar nuestras reacciones y volver a decirnos algo. Finalmente me levanté

de un salto y rompí la quietud del ambiente.

—¿Sos consciente de lo que acaba de pasar, Pedro?

—Es lo más raro que me pasó en la vida.

El cuarto día llovió finito y constante, por momentos gotitas simplemente, aunque el viento seguía rugiendo con fuerza entre las dos costas y le hacía silbar un Bach desafinado a las ventanas. Comimos arroz de nuevo, jugamos a las cartas, miramos el techo varias horas seguidas.

Cerca de las cinco, Fredy versión Fredy, tocó la puerta. Yo me fui a la habitación, cerré la puerta y me quedé en la cama tirando una pelotita de tenis contra el techo. Escuché partes de la conversación, pero creo que el pescador dijo que el temporal amainaría pronto y que estaría despejado algunas horas por la tarde. Que si quería acompañarlo a pescar. Pedro no sé qué respondió, hablaron un rato de los lobos y los tiburones, y luego Fredy le dejó otro pez gato y se fue. Al rato vino a consultarme qué hacer con la invitación pero preferí no intervenir demasiado. No era un pendejo para andar metiéndome tanto en la vida de los demás. Que cada uno haga lo que quiera, pensé.

—Si te hace feliz dale para adelante —y él agradeció y pareció relajar el gesto de preocupación que traía. Solo le aclaré que tuviera cuidado con el clima, que si veía que se ponía complicado que le dijese de volver rá-

pido a la costa.

Él me dio su palabra de que lo haría, sacó del armario uno de los tantos pilotos amarillos de Fredy, las botas y los guantes, y se fue sin saludarme.

Yo en tanto no encontré mejor idea que ponerme a cocinar uno de los pescados. Estaba un poco harto de verle la cara a Pedro todo el día y escuchar esos ruidos insoportables para aclararse la garganta cuando está ansioso, además, me vendría bien estar un rato solo. Sería algo entre el pez gato y yo, nada más.

Abrí una botella de vino que habíamos traído de Montevideo y me puse a preparar el pescado. Le saqué las escamas con una espátula limpiapeces que encontré en un cajón, lo abrí a la mitad y lo destripé. Intenté concentrarme en mí y en los problemas sin resolver que me esperaban a la vuelta del viaje, pero no pude evitar pensar en Pedro. ¿Qué lo había llevado a meterse a navegar con ese tipo? ¿Había sido Lily la que le había despertado el deseo, o era simplemente un intento de volver a sentir adrenalina adolescente? ¿Y Fredy? ¿Qué haría en invierno? ¿En qué pensaría tantas horas embarcado en medio del océano? Sin teléfono ni amigos, viendo todos los días la misma gente, la misma blancura del paisaje, agua y espuma, pescados y algas, botes que se mecen como una cuna en el Atlántico.

Me comí el pescado, me bajé la botella de vino entera, y cuando terminé, la lluvia recommenzó. Bastante más fuerte que durante el día, aunque paraba y volvía, paraba y volvía. Lo imaginé a Pedro en el barco, yendo de un lado al otro, mareado, con el viento que lo ensordece y las olas que lo ciegan y lo bañan por completo. Y al pensar en todo aquello, con la segunda botella de vino ya abierta, y la angustia de ese año que no se terminaba más, el estómago comenzó a hacerme ruidos y me tuve que ir al baño corriendo. Subí la tapa del inodoro y vomité el pez gato entero.

Pedro todavía dormía y el temporal se expresaba en forma de rayos silenciosos cuando el quinto día Lily volvió a la cápsula. Se la notaba cansada, aunque contenta, y lo primero que me dijo fue que a pesar del viento y el frío, la pesca del día anterior había sido todo un éxito.

—Se trajeron varios kilo' de corvina' y mejillone' y decenas de pecesgato'—y con una amplia sonrisa dejó ver todo lo Fredy en ella.

—¿El barco no se mueve mucho cuando llueve?

—Al principio sí, pero después una se acostumbra... Desde chico' que nos metía nuestro padre en el bote.

—¿Y Pedro? Era la primera vez en su vida que se

subía a un barco.

—¡No digas, botija! Me dijo Fredy que parecía un pescador de toda la vida, ¿no te contó?

Al decir que no, una sensación rara me atravesó el cuerpo. Me di cuenta de que uno nunca termina de conocer nunca a los amigos. Ni siquiera a los que cree conocer como hermanos.

—Que luego te cuente... Te vas a reír chiquilín —y siguió limpiando con delicadeza la mesada de la cocina, luego el baño, por último el diminuto living.

Cuando se estaba por ir, me vio que todavía estaba pálido por la indigestión de la noche anterior y me dijo que una corvina a la plancha me mataría todas las bacterias.

—Te la haces con limón y ajo y te mata todo.

Me negué, por supuesto y la acompañé hasta la puerta. Se despidió diciendo que ya no volvería a vernos, pero que si necesitábamos cualquier cosa que fuéramos a verla a la casa del hermano, que la encontraríamos fácilmente.

—Es la del techo verde, justo atrás de las dunas.

—Sí, lo sé —le respondí y escuché que se despertaba Pedro. Me acerqué para saludarlo, pero antes de entrar al cuarto, tuve que salir corriendo nuevamente al baño. Esta vez no hubo pez gato. Solo vino.

El último día se despejó el cielo por completo y nos despertamos a las siete de la mañana con un sol que nos bronceaba dormidos. Nos levantamos de un salto y todavía atontados, agarramos unas galletitas y el mate y salimos rápidamente del ranchito. El cielo estaba completamente azul, sin ninguna nube y la playa, aunque llena de moluscos y pescados muertos, estaba radiante. Poca gente, arena finita, ni mucho calor ni mucho frío. Nos pasamos todo el día tirados sobre las toallas, recibiendo al sol en las jetas como si fuera droga o sexo, o chocolate después de un bajón.

Cuando anocheció, y sin siquiera considerar la idea de comer los pescados de Fredy, decidimos hacer un asado en la parrilla del patio. Compramos en la diminuta proveeduría dos kilos de carne, pollo, chorizos, morcillas y algunas verduras y prendimos el fuego.

Nos quedamos hasta la madrugada tomando Fernet y comiendo asado, solo iluminados por la luz del faro que aparecía cada doce segundos. Entonces no pude evitar preguntarle a Pedro por la noche que se embarcó con Fredy. Después de todo hacía muchos años que nos conocíamos y no tendría por qué tener vergüenza de contarme cómo habían sido realmente las cosas.

—¿Qué onda entonces?, ¿todo bien con Fredy?

Él le dio un sorbo apurado al Fernet y se quedó

unos segundos mirando el fuego, que todavía chispeaba y nos calentaba las caras.

—Es un buen tipo. Se siente solo, como todos, nada más... Todos tenemos cosas.

—Pero digo... con él, ella... ¿pasó algo?

Pedro no respondió y con esa impunidad tan suya que siempre le envidié, anuló mi pregunta, y por supuesto la respuesta, y se levantó a poner más carne en el fuego.

—Al menos comimos bien el último día —dije para salir del paso. Se dio vuelta y me sonrió. En ese momento, percibí que el viento se había callado por primera vez en seis días y pude escuchar el resto de los sonidos del ambiente. Además de los lobos y los botes de los pescadores en el puerto, se oían sapos, grillos, murciélagos y chicharras. Pero además, detrás de aquel colchón sonoro de vida marina, se escuchaba una melodía que venía desde atrás del médano. Cuando le presté atención, me di cuenta de que era el bolero que silbaba Lily cuando venía a limpiar. Pedro también la reconoció y, como estaba algo borracho, me hizo agarrar los vasos de Fernet y acompañarlo hacia la melodía. Luego de atravesar el gran médano, vimos luz en lo de Fredy. La música ahora se escuchaba claramente y se podía ver al pescador iluminado por la tenue luz de una bombilla solitaria. Yo quería irme, pero Pedro insistió en que nos quedáramos

y me convenció de escondernos detrás de las dunas. Allí estábamos, asistiendo al ritual de Fredy, viéndolo danzar sensualmente, sintiendo la melodía en todo su fornido cuerpo, que contenía también al de su supuesta hermana. Yo estaba atónito, Pedro, excitado.

Cuando la canción terminó, la puso de nuevo y empezó a desvestirse. Se quitó su uniforme de pescador y se puso su ropa. Primero las medias, luego la falda, y por último su blusa. Se colocó un collar de perlas y unos zapatos de tacón. Luego giró hacia nosotros, siempre supo que estábamos ahí, y se puso la peluca de ella, llamándonos con un gesto. Pedro me empujó para que nos acercáramos. Lily estaba allí, esperándonos.

ERA UN AMERICANO QUE HABÍA llegado a la isla de polizón, y que se había dedicado a la pesca. Le decían el Gringo Henry y no me acuerdo cómo terminé en su casa. Supongo que alguien, en algún momento de ese viaje, me había hablado de él y decidí ir a verlo. Un tipo alto y desgarrado que tomaba cerveza en la puerta de su caserón.

—Cuatro dólares la cama, uno por dormir en el suelo —y me señaló su jardín, mitad arena, mitad tierra que se fundía hasta llegar a la playa.

—Después de Semana Santa no hay más dormidas en el pasto. No quiero levantarme con algún perro congelado en mi patio.

Lo miré extrañado, sin terminar de codificar su

mensaje, y me tomé unos segundos para meditar la situación. No podía pagar los cuatro dólares diarios, pero tampoco me hacía mucha gracia tener que dormir a la intemperie.

—¿Por dos no tenés nada?

—Sí... Por dos tengo un lugar en el suelo y una patada en el culo —y se rio grotescamente, mostrando los pocos dientes que le quedaban.

Es un imbécil, pensé. No hay que discutir con imbeciles. Y simplemente me di la vuelta, y sin decir nada, empecé a caminar hacia la salida.

Cuando ya había atravesado la diminuta puerta de rejas que separaba su terreno de la playa pública, me gritó que volviera, que era una broma. Que hasta me regalaría una noche. Dudé en hacerlo, mi orgullo discutía vehementemente con mi bolsillo, pero finalmente me di la vuelta, me acerqué hasta su mecedora y lo miré directo a los ojos. Me grabé su rostro desordenado, de ojos saltones y facciones arrugadas, y le dije que estaba bien, que lo haríamos por un dólar.

—Pero tienes que regalarme esa noche.

—*Of course, boy.* La última te la regalo —y me dio un teatral apretón de manos—. Puedes dormir en el sillón bajo la parra o tirar tu sleeping donde quieras, siempre y cuando no impidas el paso. Pero no puedes entrar a la

casa, ni usar el baño, ¿OK?

—OK, *boss*.

—¿Cuántos días te quedarás?

—Diez, o algo así.

—Pues págame —y abrió su mano callosa como si fuera a recibir limosna.

Metí la mano en los bolsillos y le entregué parte de esa gran bolita húmeda de billetes que conformaban todo mi capital en la isla. El tipo me miró ofuscado y se puso a alisarlos uno por uno con sus manos bronceadas, algo cortados por el sol. Cuando vio que estaba todo bien, se puso serio y me levantó un dedo, parodiando a un maestro de escuela.

—Presta atención, chico, porque te daré el consejo más importante de tu vida: *¡People inside, dogs outside!* —se rio nuevamente a carcajadas y subió las escaleras con sus piernas raquíticas, apenas coordinadas con el resto de su cuerpo.

Me alejé unos metros, más por piedad que por sumisión y busqué un lugar cerca de los arbustos para tender mi bolsa de dormir. Puse mi ropa a secar sobre una piedra, enterré mi pequeño bolso bajo la arena y me tiré a descansar. Entonces comprendí dos cosas: la primera, que estaría fuera de toda conexión con el interior de la casa, y por ende de una vida civilizada. La segunda, que

tarde o temprano me vengaría de alguna manera. No me enojé, ni me lo tomé personal, simplemente acepté que el gringo había dado el primer golpe, pero no el último.

En la casa no había mucha gente. Una parejita de argentinos jóvenes, un italiano que estaba siempre tomando ginebra y tres hermanas chilenas, que según palabras de Henry; “están tan buenas que rajan la tierra”. Todas con nombres bíblicos: María Eugenia, María Florencia, María de los Milagros. Henry estaba detrás de ellas como un tábano. Las llevaba con su bote a los corales solo para verlas en bikini o inventaba excursiones por el bosque para sacarlas de la casa y quedarse a solas con ellas. Después volvía contento a la mecedora, y con su lata de cerveza en mano, me describía sus cuerpos semidesnudos. Decía que una noche cualquiera se colaría en su habitación para meterles mano. Sacaba la lengua hacia afuera y dando espásticos empujones, hacía que se las montaba. Era un ridículo espantapájaros borracho en una isla del Pacífico, nada más. Por momentos me daba lástima, pero por otros quería matarlo. Él era el responsable de que tuviera que dormir sobre raíces y piedras, teniendo que hacer mis necesidades entre los árboles. Viendo desde las ventanas como se divertían los de dentro y me ofrecían las sobras de sus comidas. Deseando poder entrar

aunque fuera un ratito, sacarme la arena de los zapatos, dejar mi ropa en un armario, tomar un poco de agua fresca. Sentarme en un inodoro, dormir en una cama, bañarme... Tomar cerveza y participar de las conversaciones como uno más. Que me hablen, que me miren, que me consideren. Pensaba en aquello desde que me despertaba hasta que me acostaba, y hasta en sueños. Era como un virus que tenía dentro que no me dejaba razonar ni sentir otra cosa. Y de tanto analizarlo y amasarlo durante horas, algo terminó sucediendo.

Una mañana me desperté, vi todo oscuro y no pude salir de la bolsa. Se había vuelto enorme, del doble o el triple de su tamaño, y parecía cerrada por todos lados. Mis dedos no se juntaban y no había forma de mover ninguna parte de mi cuerpo por separado. Tampoco podía razonar con claridad. Mis pensamientos eran inconexos, fragmentados, ajenos. Imágenes y sensaciones sueltas que pasaban una tras otra como flashes ralentizados. Sleeping. Nylon. Uñas. Nervios. Ahogo. Desesperación. Pensé que el Gringo me había secuestrado y enterrado, pero no. Cuando por fin logré encontrar la luz y sacar la cabeza, me di cuenta de que me había convertido en un perro. Sí, eso. Un perro. Sin raza ni pedigrí. Un negrito sudamericano.

Los estímulos del ambiente me atacaban por

todos los flancos. Lo rancio de las algas en las piedras, el frescor de la espuma del mar, la acidez de la sal que volaba por el aire. Las lombrices olían, a tierra, los cangrejos a puerto, los peces a latas de conservas. Los sonidos se amplificaron y se volvieron precisos. Sutiles. Desintegrados unos de otros. El viento rugía en mi pecho, las olas parecían mojarme, los pájaros me hablaban directamente a mí, de un modo compulsivo.

—Hola, hola, hola. ¿Qué hacés?, ¿qué hacés?, ¿qué hacés? ¿Quién sos?, ¿quién sos?, ¿quién sos?

La tierra vibraba silenciosa bajo mis patas y aquella acuarela marítima en la que se había convertido el paisaje, era ahora más gris, más grande, más lenta...

Entre las rocas que separaban la playa de Henry de la siguiente, había otros dos que se dieron cuenta lo que había sucedido y me hicieron señas para que me acercase. A ellos también le habían hecho lo mismo, aunque no estaban nada preocupados. Sencillamente les parecía mucho mejor su nueva vida de perros, libres y vagabundos, que la que tenían antes como dos ejemplares más de la especie humana, neuróticos y sufridos, todo el día preocupados, más frágiles que una mariposa, más caóticos que una mosca en celo.

—La gente nos trata mejor y siempre nos dan algo de comer —dijo el más oscuro de los dos.

—Lo bueno es que no hay que trabajar ni rendirle cuentas a nadie. Yo tuve varios hijos por ahí y ni siquiera tengo que mantenerlos —agregó el que parecía el jefe.

Intenté responderles pero no logré comunicarme. Mi cerebro ya no funciona como antes, con ideas que vienen del inconsciente y en algún momento pasan a la consciencia para ser interpretadas. Ahora recibo un flujo de pensamientos crudos que pasan uno tras otro como en una cinta de correr, casi sin significado. Olor a pescado, brisa de mar, la sal en el hocico, un grito de un niño, las ondas vibratorias del mar, la sensación de calor, mucha hambre.

—Tenés que observarlos y dejarlos pasar, como las olas del océano. Cada tanto vas a ver que viene una idea distinta, atrás de toda la fila. Tratá de atraparla como sea —y le dio una orden al otro para que dejara de olfatearme las partes íntimas.

—No hay pasado ni futuro, ni vínculos de ningún tipo. Es solo ir andando y disfrutar el presente.

Cuando el sol ya empezaba a estar alto, caminamos por la playa hasta un pequeño rancho, justo donde termina la isla, donde una señora nos dio un platito de arroz y un poco de agua tibia. Incluso me acarició el lomo y nos habló un rato. Dijo que no había muchos turistas ese año

y que se hablaba en la radio de un frente frío que iba a traer tormenta. Yo la escuchaba y le devolvía la gentileza acercando mi cabeza a su escote, mientras intentaba poner en práctica las lecciones que me habían dado los otros dos y trataba de agarrar esa única idea humana. No fue fácil, ya que cada vez que atrapaba un pensamiento sobre Henry me ponía a ladrar y a correr como loco y los otros dos me provocaban para burlarse. Tuvieron que pasar muchos días, y sueños rarísimos y cientos de pozos en la arena, hasta que por fin logré dominarme y ordenar mi cabeza. Cuando estuve listo, diseñé mi venganza.

Era viernes Santo y en lo de Henry habían hecho un corralito a la parrilla y comían en la larga mesa de madera del comedor. El gringo en el centro, la pareja de argentinos a la izquierda, las chilenas a la derecha, y por último el italiano. Comieron como bestias, devoraron la carne con las manos, tomaron litros y litros de vino sin descanso. Después pusieron música y se pusieron a bailar encima de las sillas, borrachos. Cantaban, se tiraban cosas, se movían en la oscuridad como hienas lascivas. Yo observaba todo desde el jardín, escondido entre las plantas, haciendo un terrible esfuerzo por dominarme y no saltar por la ventana antes de tiempo.

Cuando ya el frescor de la madrugada asomaba,

se abrió la puerta de la casa y el gringo salió enfurecido, gritando como un predicador desvariado.

—¡Cristo morirá pronto! ¡Ni los perros se quedan hoy en la casa! —y me revoleó hacia la playa con una patada en mi culo.

Me dolió, hubiera querido aullar y llorar un buen rato, pero me guardé la reacción en mis entrañas y a pesar de mi renguera, los seguí a buen ritmo para no despertar sospechas.

La fiesta era unos metros más adelante, en el bar de la playa Norte y estaba repleta de turistas. Henry se pidió unas cervezas en la barra, que compartió solo con las chilenas, y se puso a hacer sus ridículos movimientos en el centro de la pista. Bailaba rock cuando sonaba cumbia, flamenco cuando era reguetón, se movía como un robot espástico cuando sonaba electrónica. Él se dio cuenta de que lo observaba, porque en un momento dejó de bailar y se me acercó para intentar amedrentarme. Le respondí con un gruñido, esta vez no pude reprimirlo, y antes de que pudiera volver a patearme, le ladré y me escapé de la fiesta galopando a toda velocidad en dirección a la casa.

Cuando llegué, me encontré a los otros dos que dormían en la puerta, esperando la que llegaran los de la casa para recibir algo de comida.

—¿Por qué volviste?, ¿cómo está la fiesta?, ¿cuándo vuelven?—preguntaron atolondradamente.

—Todavía hay tiempo, solo necesito que me avisen cuando el Gringo vuelva. Si todo va bien, la casa va a ser nuestra esta noche.

Se miraron extrañados, el negro bufó, el otro se rio, pero yo no sentí que tenía que rendirles cuentas y simplemente me alejé de dónde estaban. Me fui hasta la puerta de atrás, divisé la puerta de rejas y pasé mi delgadito cuerpo por entre los fríos barrotes.

Dentro, todo absolutamente todo, olía Henry. A curry, a comida cocinada al vapor, a cerveza, a cigarritos, a podrido. Hediondo pero grandioso. La casa era cálida, revestida con madera de pino, y tenía almohadones y sillones por todos lados.

Lo primero que hice fue subirme a la mesa del banquete y comerme todas las sobras del cordero y lamer los restos de postre. Bebí un poco de vino de los vasos y le eché una buena meadita a cada una de las sillas. Luego subí velozmente las escaleras hasta la segunda planta y siguiendo mi instinto, logré dar con la habitación de las chilenas. Allí estaba la madriguera de las conejas, desbordante de vida, con su ropa tirada en el suelo, los recuerdos de sus mohines y sus sutiles aromas en el aire. En la primera de las camas dormía la María Florencia,

la de la voz aguda. ¡Qué ganas tenía de acercarme sigiloso por la noche y poner mi hocico en torno a sus patas. Olerla! Inhalar profundo para llevármela dentro de mis pulmones. Luego con la María Eugenia, la que me acarició el lomo. Me quedaría unos segundos observándola dormir, despatarrada y en tetas, roncando como un querubín. Me pondría cerquita, con el hocico en su sexo, moviendo el rabo como un helicóptero, de la felicidad. Por último, la Milagros, la del pelo castaño, los labios finos, la que me dio de comer. Sus mejillas estarían algo rosadas del calor y sus graciosas orejas de conejo se pondrían rojitas. Cuántos cachorros podría hacerles en poco tiempo... Cuidaría de ellas como el más celoso de los canes y mordería sin dudarlo al que se atreviese a molestarlas. Sería capaz de velar toda la noche por su seguridad solo para esperar que despierten y acercarme a sus camas y ponerles mi cuerpo de bufanda. Allí me quedé un rato, dejando que las imágenes me desbordasen, y en cuanto empecé a escuchar los ladridos, salí corriendo de la madriguera.

Cuando escuché los ladridos, salí del cuarto y me fui hasta el del Gringo, justo enfrente de la del argentino. Para mi suerte, el muy imbécil se había olvidado de cerrarla con llave. Simplemente me puse en dos patas y haciendo fuerza con el hocico, empujé la puerta. La habi-

tación era un asco. Estaba sucia y olía a culo y a vómito. Culo, vómito, sudor y especias orientales. Había una cama matrimonial, un armario, una bandera de Estados Unidos y una mesa con facturas y documentos. Allí estaban seguramente todas las cosas importantes del espantapájaros, así que me ocupé de mearlas con el poco orín que me quedaba. En cuanto terminé, me metí en el armario y le desgarré parte de su ropa, que al poco tiempo quedó hecha jirones. Eché una última mirada al cuarto y me escondí debajo de la cama, preparando mis dientes y mis garras, tratando de no jadear ni respirar fuerte.

Aquí estoy, oyéndolo subir las escaleras, observando el turbulento río de imágenes que atraviesan mi cabeza. Esperando el momento justo para poder atrapar ese único pensamiento humano. El que me permita conservar la calma, acercarme lentamente a su cuerpo y hundirle los colmillos en su garganta.

| LO DEL TANO |

Coroico, Yungas bolivianas. Somos el Rulo, un flacucho de rastas al que le dicen Larva, y la misma llovizna finita que cae todas las noches. Desde hace meses que me vengo cruzando con tipos como ellos. Artesanos que vagan durante años por el continente hasta que un buen día se cansan y vuelven a la casa familiar. Engordan, pasan tiempo con los suyos, y luego se vuelven a ir.

Ellos fueron quienes me presentaron al Tano Claudio, el tipo que estamos llevando en el taxi, tratando de que no se nos muera. En un descuido, mientras charlábamos en la plaza, escuchamos un golpe seco y lo vimos tirado en el suelo. No creo que tengamos suerte. Estamos lejos del hospital y no sabemos realmente

qué le sucedió. Pero bueno, al menos lo intentaremos. Ahora vayamos hacia atrás, hasta el día en que lo conocí.

Nos quedábamos en un hotel abandonado bastante alejado del pueblo, a orillas del río. Un inmenso predio a medio construir solo para nosotros. Dormíamos en la recepción, sobre unos colchones viejos, y por las tardes, cada uno trabajaba en sus cosas. Sentados en una larga mesa de madera, que en otro tiempo servía a huéspedes distinguidos, yo desplegaba mis plantas, y ellos sus alambres y sus pinzas.

Sin embargo, la estadía en el hotel no duró mucho. Una tarde, cuando regresaba de la ciudad, me encontré en la recepción con unas máquinas excavadoras y decenas de tipos bajitos con cascos. Se movían al unísono y le pegaban martillazos a todo lo que encontraban, incluidas las paredes. Me puse a pedirles que se detuvieran, pero el que parecía el jefe me dijo que tenía que irme, que ya se habían ido los otros, que se había terminado nuestra “ocupación”. Al fin de cuentas, sabía que aquello no podría durar demasiado, así que sin decirles nada, agarré mis cosas y retomé el camino hasta el pueblo. Pregunté por los artesanos en el mercado y en los bares, pero no los encontré. Tampoco estaban en la plaza, ni en las callecitas de la iglesia, así

que me fui a buscar algún ranchito donde quedarme.

Anduve unos quince minutos subiendo la cuesta hasta que se terminó el empedrado y las calles se hicieron de tierra y el monte más espeso. Allí, casi en la entrada a la selva, en la pérgola de un convento, los encontré. Estaban con Claudio, un italiano grandote de unos cincuenta años, que ni siquiera amagó a saludarme. Tenía una nariz hinchada y rojiza, y sus orejas estaban cubiertas por una venda blanca. Nos presentaron, e inmediatamente empecé a hablarles de lo que había pasado en el hotel, de los tipos con casquitos que estaban destrozándolo todo, y que ya no teníamos sitio donde quedarnos.

—Tranquilo —dijo el Tano de repente, con una grave voz que resonó en el ambiente—. Mientras no hagamo' quilombo, no nos dicen nada—y se me quedó mirando fijo unos segundos. Luego, aclaró que el terreno donde estaba la pérgola era propiedad de las monjas y que “estaba todo bien” con quedarnos. Le agradecí, y luego de ubicar mis cosas, nos pusimos a preparar el almuerzo.

—Yo por las dudas me agarro mi pancito —dijo Claudio poniéndose de pie y le dio órdenes a Rulo y Larva para que ordenasen el lugar.

Después partió la barra de pan en tres partes iguales y entregó una feta de jamón y una de queso para cada uno. Era un fiambre transparente, que parecía más

una capa de piel olvidada que un muslo de cerdo, pero que el Tano trataba como si fuese una delicada pieza de sushi. Meticulosamente agarraba las fetas y las posicionaba en el pan con una precisión quirúrgica. Todo lo hacía con detenimiento en la pérgola y cada cosa tenía que estar en su sitio, aunque fuera el suelo mismo. Las zapatillas debían estar en la entrada, las colillas de cigarrillos dentro de las latas y la ropa colgando de la baranda. La pérgola, su casa desde hacía varios meses, tenía su propia espacialidad. Había cocina, living, habitaciones y hasta patio. Solo le faltaba la televisión.

—Quince años hace que vivo con los collas y no los termino de entender —dijo una vez terminado su sanguchito—. A veces pienso que son como robotitos, programados por una computadora. Se queda el bus, no se quejan. Les bajan el sueldo, no se quejan. ¡A veces incluso, se ríen! Muestran los pocos dientes que les quedan y que tendrían que haber ido a recuperar a los tiros. Te lo digo porque yo me metí con una colla, ¿eh? Una negra. Pero no negra como dicen ustedes en Argentina, que le dicen negros a los pobres, negra negra, africana. Debe haber veinte o treinta en la aldea de enfrente, y son los tataranietos de los que vinieron para trabajar en las minas. Los que sobrevivieron, porque la mayoría no lo aguantaron. ¿Y quién lo puede soportar? Solamente

estos mineros que son unos tarados. Se matan trabajando ahí dentro como cieguitos, para comprarse un coche y después andar escupiendo sangre a cada paso.

—¿Vos de dónde sos? —me preguntó de repente, cambiando la dirección de la conversación.

—De Montevideo —le contesté.

—Los enemigos de estos boludos —dijo y se rió señalando a Rulo y Larva—. A los uruguayos les decís argentinos y se ofenden. Y cuando están entre ellos no hacen más que hablar mal de los porteños. Si son iguales. Lo único que cambia es que ustedes son más lentos y ellos más agrandados, ¿o no? —preguntó tratando de provocarme—.

Yo preferí no seguirle la corriente y me quedé callado con una media sonrisa congelada. No podía dejar de ver cómo la venda que tenía en la oreja se le iba cayendo a medida que espantaba a las moscas y gesticulaba. Olía a podrido y parecía que se la había mordido una rata o algo así. Él decía que había sido un mosquito, pero nadie le creía. Seguramente se había golpeado o le habían pegado en alguna noche de borrachera. Podía ser, ¿por qué no? Después de una jornada en el campo o en las minas, los collas bajaban endiablados a los bares a tomarse hasta el agua de los inodoros. Se agarraban a trompadas por mujeres o por deudas y terminaban rodando en cámara lenta, abrazados, para luego quedarse dormidos en el suelo.

—Ojo que a mí Buenos Aires me gusta, ¿eh?
—retomó el Tano—. Yo viví cinco años allá, y trabajé como en veinte dietéticas, porque son tan vivos que en el país de la carne a la gente se le da por comer soja. Y me sé todos los nutrientes. Mirá, decime una fruta o una verdura y te digo las vitaminas
—dijo de pronto levantando la voz—. ¡Dale, decime!

—¿Cualquier fruta?

—La que quieras.

—Bueno... manzana.

—Vitamina B.

—¿Zapallo?

—C, E y B.

—Palta.

—¿Cuál es la palta? —le preguntó al Larva—.

—Aguacate.

—Todas. A, B, C, D, K, la que quieras. Otra, dale...
¿Qué pasa? ¿No conocés más frutas?

—Mango.

—¿Mango?, ahí me cagaste —dijo haciendo una pausa—. El mango no me gusta —y al decirlo largó una fuerte carcajada que espantó a las pocas moscas que todavía le rondaban la venda—.

Acto seguido, hurgó en su morral y sacó una bottellita de plástico que vertió entera en otra botella, pero

de Sprite. La mezcló un poco, la olió, y luego se echó un buen trago. El aroma me llegó hasta donde estaba. Era alcohol de farmacia. Al beber, ni siquiera parpadeó.

Empezamos a andar juntos los cuatro. Nuestra rutina era bastante básica. Nos pasábamos todo el día en la plaza tirados bajo el inmenso olmo que nos protegía de la lluvia y el sol. Rulo y Larva desplegaban sus mantas para intentar venderle a los pocos turistas que pasaban, y yo iba y venía por ahí, siempre buscando alguna changuita que no me insumiera demasiado tiempo. El Tano en tanto le daba a la charla y a la botellita. Una anécdota y un traguito. Insultos a las collas y otro traguito, aunque extrañamente jamás le vi perder la compostura. No era el típico italiano que grita y habla con las manos, sino que transmitía, a pesar de todo, una cierta elegancia en su andar. Quizás porque, como le había dicho a Rulo, era un tipo del norte, de mucho dinero, que lo había abandonado todo y se había venido a recorrer Sudamérica. Si no había vuelto porque no quería o no podía, nunca lo supimos. La realidad es que hacía quince años que vivía en Coroico, en ese olvidado pueblo de la selva boliviana. “Bueeeeno, me voy a laburar un poco”, decía con un tono cansino y, guardando la botellita, se iba hasta las zonas donde le daban monedas y que consideraba su oficina.

La puerta del ayuntamiento, por ejemplo, donde algunos funcionarios le daban monedas, o las callecitas camino al campo, donde las collitas le dejaban tarritos con leche. La plaza para él era la zona de descanso y su diversión discutir con los comerciantes. Nos veían blancos y barbudos y nos cobraban siempre más caro o nos negaban algunos productos sin ninguna razón. Entonces venía el Tano y les empezaba a hablar, a decirles que no tenían códigos, que así no iban a crecer más, que por eso los venían jodiendo hace años. Ellos lo miraban distraídos esperando simplemente a que terminase y se fuera, como si aquello fuera parte de su rutina de venta. Entonces los insultaba y nos obligaba a ir hasta algún otro puestito donde todo comenzaba nuevamente. Nos querían cobrar caro, les peleaba el precio, se lo negaban, llovían los insultos.

Así estuvimos unas cuatro semanas hasta que una mañana se despertó diciendo que no tomaría más. Que lo había dejado. Nos hizo sentar a los tres en los bancos de la pérgola y nos hizo testigos de su decisión. Al principio no creímos que fuera capaz, y lo tomamos como otra de sus locuras, pero las horas iban pasando y la botellita seguía intacta. La llevaba en el morral, pero no tomaba. La abría, vertía un poco en el suelo, pero jamás se echaba un trago. El asunto fue que a los pocos días la abstinencia empezó

a traerle problemas y su cara se puso violácea de repente. Era una especie de globo con cicatrices, lista para explotar en cualquier momento. Además, estaban los temblores. Lo enfurecían. Cada pequeña acción le costaba el doble y tenía que hacerla en cámara lenta. Preparar los sanguichitos podía llevar media hora, si es que lograba hacerlo. Su latiguillo de “por las dudas me agarro mi pancito” fue mutando día tras día a un “¿Estamos apurados?”

La noche del taxi supe que ya no volvería a verlo. Estábamos en la plaza, como de costumbre, con un borrachín que se nos había sumado. Era un chico de veinte años que había venido de la capital por el fin de semana y que no paraba de preguntarnos cosas. Qué de dónde veníamos, qué cómo ganábamos plata, qué por qué Bolivia. Todas las preguntas que detestábamos contestar. El Tano lo tenía de punto. Un chiste tras otro le hacía y poco a poco lo fue convirtiendo en su sparring. Incluso había encontrado un palo que usaba mitad para apoyarse, mitad para darle en la cabeza.

—Así son, ¿ven? —nos buscaba con la vista indignado—. Parecen cabras. Les pegás y se te ríen.

Cuando se largó a llover, levantamos nuestras cosas y nos fuimos a buscar un lugar para cenar. Empezamos a caminar al ritmo del Tano, lentamente por las húmedas calles de Coroico, ya casi vacías de gente. El

mercado todavía estaba abierto, pero solo había fideos del día anterior y una carne vieja. Bueno, algo que ellos llaman carne pero que seguro era de algo que trepa por los árboles. Finalmente paramos cerca de la iglesia, en un puestito callejero, de esos de tolditos y señoras con ollas grandes. Rulo y Larva comieron un cono de papas fritas y el borrachín se pidió un pollo que bajó con su botella de vino. Ni Claudio ni yo pedimos nada. Yo no tenía hambre y el Tano se había comido algunas sardinas que le había robado al chico. Estuvimos allí un buen rato y cuando parecía que amainaba la lluvia, y estábamos por volver, vimos pasar a la señora de los mangos. El Tano me miró desafiante y me quiso jugar una apuesta. Si él acertaba la vitamina tenía que comprar los sanguchitos por una semana, si perdía, yo me comería su parte por la misma cantidad de tiempo. Solo me dijo que tenía que verlo de cerca para acordarse, que ya iba a ver. Le dije que aceptaba aun sabiendo que aquello era improbable, y lo vi levantarse, y llamarla con un silbido. Y en cuanto quiso cruzar la calle, sentimos el fuerte golpe contra el empedrado. Se quedó duro de repente, con los ojos abiertos, apretándose el corazón desesperado.

Y aquí estamos, tratando de levantarlo, aunque no alcanza ni con el chofer y tiene que venir también el borrachín para lograr meterlo en el taxi.

—¿Adónde vamos? —pregunta el chofer con una calma que no acompaña el momento—. ¿Al hospital?

—Sí, dale, pero metele —le contestamos y volamos a toda velocidad por las callecitas de Coroico.

El Tano no responde y le sale una baba finita de la boca, entonces decidimos cambiar de planes y llevarlo a la pequeña salita de auxilios frente a la pérgola. Dudamos de que haya alguien a esta hora o que tengan los elementos para atenderlo, pero creemos que es mejor intentarlo a que se nos muera en el viaje hasta la ciudad. El chofer nos da la razón y retomamos el camino y pasamos nuevamente por la plaza, el mercado y el puestito, donde la señora de los mangos sigue su camino bajo la lluvia, sin siquiera levantar la vista.

Cuando llegamos, bajamos al Tano desesperados y salen a recibirnos una enfermera y una doctora, que no son collas ni extranjeros, pero que muestran preocupación. Cuando reconocen al Tano, de repente se paran.

—¿Qué sucedió esta vez? —preguntan con cara de directoras de escuela.

Les gritamos que no sabemos, que solo se cayó de repente, y tratamos de meterlo entre todos en la sala, a pesar de su poca disposición. Cuando lo hacemos, nos cierran la puerta en la cara y nos sentamos en el suelo, exhaustos. Recién en ese momento nos damos cuenta

de que el borrachín sigue con nosotros. Lo insultamos y lo mandamos a pagar el taxi que sigue esperando.

Aquí estamos hace una hora, fumando y mirando la lluvia en silencio, pensando en si vendrá alguien a verlo, qué dirá la gente en Coroico.

—De duelo no va a andar nadie —suelta el Larva resignado.

El Rulo lo calla. Dice que hay que esperar. Que del Tano se puede esperar cualquier cosa. Al poco tiempo sale una enfermera muy bajita que se desliza arrastrando sus zapatos y nos hace firmar los papeles del ingreso. Le pregunto cómo está y si lo van a trasladar, pero para mi sorpresa me contesta que no lo sabe, y que no ha visto al paciente. Cómo hizo para no verlo, en una clínica que mide cuatro por cuatro, no lo sé, pero prefiero no decirle nada y la veo regresar a la sala.

Al rato mientras esperamos fuera, vemos unas linternas que vienen de la pérgola y que pronto se convierten en dos monjas. También muy bajitas, pero más simpáticas. Son las del convento que hay más arriba que se despertaron por el alboroto. Se acercan, deslizándose a través de sus hábitos, y nos preguntan ofendidas, qué le dimos de tomar al pobre Claudio. Que “el señor lo ve todo, lo oye todo y lo sabe todo”. Nos quedamos en silencio, sin saber qué decir. Larva y Rulo

las callan con un gesto, y después las ignoran. El borrachín se les ríe y les convida de su botella de vino. Yo pienso en mandarlas a la conchadesumadre, pero no lo hago y se me ocurre algo genial, pero cuando termino de redondear la idea ya se fueron. Las veo alejarse con su andar fantasmal, y me quedo pensando en los collas que conocían al Tano. Los de los puestitos, los funcionarios, las monjitas, las enfermeras. Me sobreviene una sensación de odio que me incita a querer agarrarlos del cogote y sacudirlos para que despierten. A pegarles unas buenas cachetadas y que se espabilen. A que...

No tengo claro si es algo mío, o si es el espíritu del Tano que ya está dentro mío, pero igual decido que al otro día me iré de Coroico. Me pongo a hacer planes en mi cabeza, y bajo el sonido de los sapos, y los lobos que aúllan a lo lejos, me voy quedando dormido. A la media hora se vuelve a abrir la puerta y sale la doctora, la del principio, la que no parecía indígena. Nos dice que al Tano lo echaron de varios pueblos y que “ustedes jipis no colaboran”. Nos miramos. Pienso que ahora sí vale la pena la puteada, e incluso algo más. Quizás reventarles algo en la cabeza y empujarlos por la montaña. O atarlos en una red inmensa y tirarlos al río para que se ahoguen. Pero trago saliva y espero, cuando escucho el ruido de la puerta de emergencias que se abre. Es él. El inmortal Claudio Sca-

foglieri con una enorme venda amarillenta que le rodea toda la cabeza y le tapa parte de los ojos. Se lo ve contento y saluda como si estuviera llegando a un cumpleaños.

—Bueeeenas... —dice estirando las vocales y se acerca para saludarnos

| CHULLACHAQUI |

TODAS LAS MAÑANAS ME DEJA una bandeja con raíces, unos tallos de orquídeas y un cuenco con agua. Supongo que me tiene adormecido, con tanto oxígeno que disipa en el aire, o tal vez, es muy sigiloso y por eso no logro verlo.

Cuando me despierto, adentro del árbol donde duermo, veo sus huellas que marcan la tierra siempre húmeda y acolchonada. Dos pisadas distintas entre sí, una como la de un niño, la otra, un cerdo salvaje. Yo solía reírme de estas leyendas y creía que eran los osos hormigueros los que dejaban estas huellas, pero no. Si hay algo de lo que estoy seguro es de que no es un oso hor-

miguero. Es más pequeño, aunque mucho más fuerte, ya que cuando golpea los árboles, la tierra tiembla y los animales se enloquecen. Parecen patadas de elefantes furiosos, pero no. Es ÉL, que se pone nervioso cuando hay humanos cerca y le da porrazos a los ceibas hasta tumbarlos. Luego empieza a correr por el monte con la fuerza de mil manadas, dejando estelas de los ruidos reverberando en mi cabeza todo el día. El galope de las bestias resuena en cada rincón de la selva y se oye la siniestra melodía de su flauta que lo guía hasta la próxima víctima. Yo me escondo, esperando que de un momento a otro se aparezcan los jaguares, los tapires y las anacondas, sin embargo, nunca llegan.

Las plantas dicen que a veces pasan estas cosas y que tenga paciencia, que ÉL en algún momento volverá; pero ¿cuándo? ¿En una hora? ¿En un año? ¿En un siglo? ¿Cuánto tiempo llevará consigo la satisfacción de tenerme encerrado?

No contestan. Me observan a la distancia, inmunes a mi padecimiento. Tan inmensas que abarcan todo el espacio visible y no me dejan dar un paso fuera de ellas. Son las mismas que recuerdo de la otra selva, la que se supone es la real, pero estas son más robustas, más coloridas, más vivas. Allí están, con su maldito mutismo de clorofila, tapando el cielo con sus tallos, portando

consigo millones de gusanos que intentan saquearme sin éxito. Mojadas, enredadas, trepadoras. Plantas fluorescentes, que generan tanto oxígeno y expanden tanto sus raíces, que me mantienen sedado y sin fuerzas. Plantas que le dicen todo lo que pienso a ÉL y le crean una especie de arcilla en sus troncos para que la bestia pueda alimentarse como los tucanes.

Solo una vez lo vi. El día en que me traje a este limbo, hace un mes o diez años, realmente no lo puedo saber. Había estado toda la mañana tratando de cazar a un jaguar, bordeando el río Aucayacu, cuando me distraje un momento y perdí de vista a mi compadre, Ronaldo. Lo llamé y apuré el paso, pero no lo encontré por ningún lado. Cuando me detuve para disparar al aire y alertarlo, Ronaldo se me apareció por detrás y me dijo que había visto al jaguar, girando hacia el Este. Era Ronaldo. Estaba seguro. Con su bigotito limeño, su sombrero de paja, la misma ropa... ¿cómo podía dudar de lo que veían mis ojos?

Lo seguí un tiempo, no me hablaba, solo mache-teaba furioso e insultaba por lo bajo, y poco a poco, empecé a sospechar. Dejé de reconocer el espacio, el viento se fue apagando, los ruidos de los animales disminuyeron. De repente Ronaldo, se giró ante mí, me miró con sus ojos amarillos y lentamente lo vi transformarse en

esa cosa horrenda que llaman el Chullachaqui. Ese algo diminuto que me mostró por única vez su rostro y que con tan solo su presencia, redujo todas mis fuerzas. Me ordenó que subiera a este árbol y las enredaderas cobraron vida y me ataron los tobillos y las manos. Luego lo vi meterse adentro del ceiba y desaparecer de mi vista.

Aquí estoy, esperando. Nada me hace daño. Las arañas no me pican, las serpientes no me envenenan, mi navaja no me produce ningún corte. Ni siquiera voy a morir de hambre, ya que hace tiempo deje de comer y tampoco no pasa nada. Aquí estoy, pensando. Deseando que algún día emerja nuevamente su atroz figura, dejen de resonar las estampidas, y el sol y el viento entren nuevamente. Verlo caminar hacia mí con sus piernas de mutante y preguntarle por qué lo hizo. Por qué me eligió entre tantos. Luego verlo tocar en su flauta alguna de sus hediondas melodías y desear que me mande de regreso al otro plano, al real. Tendré ya las manos arrugadas y mis piernas raquíticas, al punto de quebrarse. Andaré perdido tal vez, durante un día o dos, con el rostro convertido en una bolsa de piel vencida, sin energía para poder seguir caminando. Me encontrará algún cazador, o un indígena, y me llevarán de vuelta al campamento o a la aldea más cercana. Entonces querré olvidarme para siempre de las plantas, las hormigas, los sapos, las

lianas, los berridos de las bestias. Pero no podré, estoy seguro... Esa será su venganza eterna. Dejará sus enredaderas dentro de mí, avanzando lentamente, royendo de a poquito mis órganos hasta pudrirme por completo. Entonces, recostado en el suelo, ya sin ánimo para siquiera moverme, las veré salir una tras otra a través de mi garganta.

En tanto, hasta que aquello finalmente suceda, me aferro al hueco del árbol deseando que esto termine lo más rápido posible.

Eran pasadas la medianoche cuando sonó el teléfono en la casa de Lobos. Rodolfo, que hacía un buen rato que estaba esperando el llamado, se tomó su tiempo para atender. Sabía quién era y, dejarlo sonar algunas veces, le producía cierta adrenalina. Se acomodó la bata, encendió un puro y se sentó en el sillón de dos cuerpos. Finalmente, cuando estaban a punto de cortar, descolgó.

—Diga.

—¡Hola!

—¿Beba?

—Sí, soy yo.

—Tanto tiempo...

—¿Qué decís Rodolfo?

- ¡Qué sorpresa! ¡Te acordaste!
- Nunca me olvido de hacerte el llamado.
- Otro año más Beba querida...
- Es cierto, aunque esta vez con más frío.
- A veces llamás más temprano...
- Bueno sí, es que tenía cosas que hacer.
- Lo comprendo, uno tiene tantas tareas que no le alcanza el día, ¿de dónde llamás?
- De Inglaterra, ¿vos? ¿venías de la cama?
- De dónde sino... tratando de leer un poco estaba, pero me cuesta mucho, ¿sabés?, ya no me concentro como antes. Oíme una cosa, ¿no te ibas a Escocia?
- Bueno es Reino Unido, ¿verdad? Es todo lo mismo.
- Te llega a escuchar un irlandés y te mata. Ay, Beba, Beba, siempre tan despistada.
- ¿Y qué querés? Si con el cambio...
- ¿Qué cambio?
- Nada, dejá.
- ...
- ...
- ¿Y Edimburgo entonces?, ¿lindo?
- Sí, bastante. Y mucho frío también.
- ¿Grande?
- Más o menos, no tanto.
- Me la imagino muy verde y llena de castillos y tabernas

con tipos grandotes. Hace poco dieron un documental en la televisión que decían que allá toman cerveza de un vaso en el que entra un litro y medio. Un litro y medio, ¿podés creer? Un galón le dicen. Toman mucho estos tipos, porque viven en países que los reprimen mucho y los tienen controlados, entonces se desbocan después. Tenés que tener cuidado, a ver si te cruzás con uno de estos vikingos.

—Sí, es verdad.

—Es que no saben qué hacer con sus vidas y de la nada salen a la ciudad a romper todo y les pegan a las personas, sobre todo a los pobres jubilados, dicen. Y eso que les va bien con la economía, ¿eh? no tienen pobreza y buena educación, pero igual, ¿viste? Al final no hay un ideal. Ellos tienen todo resuelto y se aburren y salen a hacer la violencia. ¡Acá en cambio rompen todo, pero por saña!

—Estás muy actualizado veo.

—Lo normal. Me gusta buscar información de los lugares en los que estás. Así se me pasa más rápido el tiempo entre llamado y llamado, ¿no? Además, es importante que uno esté al tanto de lo que pasa en el mundo

— ...

—Y decime, ¿cómo son?

—¿Quienes?

—Los escoceses. ¿Son amables?

—Son educados. Un poco fríos al principio, ¿viste?, te ponen una distancia hasta que te aceptan, pero después si les caes bien, te quieren. No es como allá que a uno lo invitan a la casa a comer al segundo día, ¿viste? Acá se toman su tiempo, te examinan. Se vive bien, lástima el clima. Mirá, ¡justo! Ahora parece que se largó a llover de vuelta.

—¿Ah, sí? Acá nos estamos asando Beba, ya no se soporta más esta humedad. En la radio anunciaron una ola de calor hace dos semanas y todavía no se fue. Es un tsunami más que una ola. Se secan los ríos, se pierden las cosechas, se mueren los viejos. ¡A mí se me están quemando todas las plantas! Antes no era así... ¡Dios mío!, está muy loco el mundo.

—Sí, es cierto.

—¿Qué decías?

—Nada, que está por llover.

—Eso no, antes.

—¿Antes de cuándo?

—Al principio.

—No sé... ¿Qué llamaba para saludarte?

—¡Sí! Gracias Beba. No te hubieras molestado.

—No es molestia, lo hago por placer.

—¿Por placer?

—Quiero decir, por gusto, que no es molestia.

—Je, es que se te confunde el lenguaje seguro. Ya pensás en inglés, ¿no? tantos años...

—Un poco, aunque a mis hijos les hablo en español.

—Claro, sí, bueno, aquí me tenés Bebita. Treinta y tres añitos justos.

—Como digas...

—Ja, ja. Bueno setenta y siete, lo confieso, pero ¡limpito! ¿Quién lo hubiese dicho, eh? Casi ochenta años y sigo vivo, y lo mejor, seguimos en contacto. Eso sí que no me lo hubiese imaginado. Y decime... ¿cómo es eso del frío allá?

—Bueno, mucho. Demasiado. Pero ¿sabés qué? El gobierno británico tiene pensado poner en marcha un dispositivo subterráneo para calentar las veredas y derretir la nieve. Sería en la arteria principal de la ciudad y tomarán el modelo de las ciudades de Estocolmo y Oslo, que lo implementaron en 2007. Esto incentivará el comercio, la afluencia de turistas y terminará con la dependencia de las snow sweepers.

—¿Las qué?

—Sweepers.

—Deben ser las limpiadoras. Es que así pueden circular bien los autos y colectivos. Es que están muy avanzados, la verdad, son celtas...

—El gobierno acá es muy bueno, aunque los impuestos son muy caros.

—Me imagino, Beba, debe ser difícil llegar a fin de mes.

—Sí, bastante

—Por eso no hay como Argentina.

—Es cierto.

—Claro Beba, ahí diste con la tecla. No hay como la patria de uno. El campo, los asados, los amigos... ¡el tango! Acá explota el país cada diez años y ya estamos acostumbrados. Tenemos cintura para adaptarnos a todo Beba. Inflación, dictaduras, populismos, inundaciones, corralitos. Cuero duro, Beba, cuero de gauchos, por eso sobrevivimos.

—...

—¿Sabés en qué pensaba el otro día? ¿Te acordás esa vez que fuimos al cine de Buenos Aires?, ¿que dejamos la camioneta en Retiro y caminamos por Lavalle?

—Sí, ¡cómo no me voy a acordar!

—Estaba fresquito esa noche y llevabas una camperita militar que te había comprado en una feria. Nos bajamos del subterráneo y nos encontramos a Roberto y comimos una pizza con él, ¿te acordás? Roberto, el mismo que te decía “caballa”, ja ja ja. Me acuerdo que te pediste una empanada de verdura y nosotros comiendo una pizza de fugazzeta. Eras tan fina guacha.

—...

—Tan fina que en una pizzería del centro te pedías empanadita y nosotros manyando de lo lindo.

—¿Que después fuimos al teatro?

—Sí, y vimos una obra cómica de un humorista que después salió en la tele, un tarado, pero vos te matabas de la risa, ¿te acordás?

—El que hablaba de cómo lavar la ropa y las medias que se le escapaban...

—Eras la única persona que se reía porque el tipo era un desastre. Chabacano, pendenciero, jeje. Pero ella, la Beba, riéndose como la más loca. Eras linda Beba, pero te quería lo mismo.

—Gracias...

—Combinábamos bien en esa época. Solo que eras bastante más chica. Trece años de diferencia era mucho a los treinta.

—Era un tirón largo.

—Y decime, ¿dónde estás ahora?

—En la habitación. Ya me cepillé los dientes y me acosté. Hace un rato lavé los platos y dejé las tazas listas para el desayuno. También tengo la ropa preparada para el trabajo.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿Y qué hacías?

—Leía revistas, cosas de mujer, mientras me dejo secar las uñas que recién me pinté.

—Se escucha la tele... ¡Apagá eso!

—Perdón.

—Por un momento pensé que era la tele de acá de Lobos.

—No me di cuenta...

—Ya está, dejalo ahí.... ¿Y qué tenés puesto?

—Las medias y un camisón, nada más, sino a la noche refresca y me entra el frío.

—Claro, allá es terrible

—Tremendo.

—El camisón es blanco, finito, bastante transparente, aunque abrigado.

—¿De qué tela?

—De seda. Y algodón por dentro. El pelo lo tengo cortado hasta los hombros, con rulos, como cuando era chica.

—En esa época tenías un pelo precioso, Beba. Irradiaba salud y fuerza. Pero lo tenías largo. Roberto en la pizzería dijo que eras como una caballa por eso. No sé porque lo decía así, en vez de decirte Yegua. Una caballa, decía. Una pura sangre. Rubia y melenuda, de piel cobriza por el sol. Bien pampeana. Con las piernas fuertes y una espalda que era una mesa de Algarrobo para sentarse y todo. Como cuando hacías esa postura de las gimnastas. Las

piernas semiflexionadas, los brazos estirados formando una tabla.

—Iba al club tres veces a la semana y de lunes a viernes entrenaba en el gimnasio.

—Y sí, con veinte años podías hacer de todo, ¿no? ¿Te sigue doliendo el cuello? ¿Cómo había sido que te golpeaste?

—En un salto mortal. Caí mal de la cama elástica, intentando hacer un giro doble.

—Me acuerdo, me acuerdo. ¡Qué barbaridad! Viniste a casa dolorosa y te pasé el desinflamante ese.

—El Diclofenac. Tenía mucho olor esa crema.

—Sí, pero era bueno. Yo también lo usaba cuando volvía de jugar al fútbol. Y también te di la almohadilla térmica.

—Sí.

—Estabas realmente fuerte en esa época. Ojalá yo también estuviera tan sana como vos. En invierno me duelen los huesos y del frío no me puedo levantar...

—...

—Me acuerdo cuando te llevaba a la cama aúpa y te quedabas dormida en mi brazo hasta las cinco de la mañana que te sonaba la alarma. ¡Qué lindo que era, Beba, que te durmieses en mis brazos sin escaparte! Tenías un sueño livianito como una pluma, aunque ni bien te quedabas dormida, empezabas a dar esas patadas de electricidad.

No sé si soñabas que estabas saltando o tenías pesadillas.

—Era porque entrenaba mucho, Rodolfo, por eso. Son descargas de los músculos.

—Puede ser, pero ¿por qué te ibas siempre a las cinco de la mañana, Beba?

—Porque me esperaba mi papá.

—Claro, eras una chica de familia y no te querías quedar a dormir en la casa de un tipo más grande. Pero sí que estabas robusta. Rebozabas salud con esos vaqueros de caballo que traías, y yo te los apretaba cuando te levantabas para cambiarte. Y te veía ponértelos y deseaba retener esa imagen por siglos. Tu piel sin arrugas, sin estrías, toda lisita y radiante. Bronceada. Y te veía cada detallecito de tus piernas, los tobillos, la cadera, los muslos. Ni un centímetro de grasa. Pura gimnasia. Me acuerdo de ese camisón y de tu ropa interior, Beba, sobre todo de una negra que habías traído de los Estados Unidos. Una con la cara de los Beatles. ¡Qué loca, eras, Beba! Una bombacha con la cara de Ringo Starr. Eras loca y te amaba. Te amaba enfermamente.

—...

—Tanto que me falta la salud sin vos.

—...

—Pero ¿sabés lo que más me duele? No recordar tu olor. Y eso que lo intento, ¿eh?, pero no me viene. Es terrible

eso. Tu cara la tengo en bastantes fotos que me guardé y en algunas revistas donde salías mencionada. Tu voz, la puedo imaginar ahora, igual que hace cuarenta años, algo afónica y sensual. Qué relajada sonaba cuando estabas conmigo... Hablabas despacito y masticabas las letras y transmitías ese algo que tienen las mujeres. Ese algo de cuando una mujer está satisfecha y se abre para enamorarse. La voz se plancha. Los músculos de la cara se relajan y se vuelven maternos de un golpe. Como cuando a las yeguas les entregan los potrillos después del parto. Los ojitos entrecerrados, la carita apenas hinchada. Esa cara tenías vos cuando te quedabas hasta las cinco, Beba. Pero lo que no tengo de ninguna manera es tu olor. No olías a hembra y eso es lo que me asustaba. Olías a jabón, y a perfume, pero no tenías aroma de mujer. ¿Qué clase de persona no huele?

—...

—¿Quiénes Beba?

—No lo sé.

—Los vampiros, Beba... Porque son viejos con olor a colonia y formol. Viejos que ya se murieron o están por morirse.

—...

—Todavía no me explico por qué te fuiste.

—Bueno, ya sabes, las circunstancias de la vida, una quiso

forjarse un futuro afuera. Aspirar a una mejor calidad de vida, a un estrato social... digamos.

—¡Por favor, Beba! Las circunstancias tenían un nombre propio. La calidad de vida se llamaba Cirujano. ¡El futuro se llamaba Cirujano!

—Bueno, pero Cirujano ya no está.

—Pero te dejó al otro lado del mundo, y con varias crías. Te fuiste de chica cuando podías haber hecho tu carrera acá como gimnasta y poner tu propio negocio.

—¿Vos decís?

—Sí, mujer. Te tendrías que haber quedado en tu tierra, conmigo. No tendrías tanto frío y podrías disfrutar de los amigos y los asados. Si al final eso es lo que cuenta, Beba, los afectos...

—...

—Yo te hubiera hecho muy feliz, Beba. No como el bestia de Cirujano.

—Cirujano ya no está, pero cuando estaba, nos mataba de hambre.

—¿Ves?

—Los chicos iban al colegio y solo vivía para ellos.

—Matías, Aníbal y Micaela, los tres de Cirujano.

—Son divinos, pero se parecen demasiado al padre.

—¿Y los palacios?, ¿y los museos?, ¿y las óperas? ¿Cuándo los visitabas?, si no tenías tiempo para nada...

—Nunca. Por los chicos.

—Porque sos una buena mujer Beba. Esa es la respuesta. Y fuiste una buena madre. Una madraza. Y me ibas a dar varios hijos a mí. Cuarenta años te esperé a que volviesses... pero ahora es tarde... Es demasiado tarde Beba. Se nos hizo de noche.

—No es cierto. Todavía soy joven y los chicos están grandes y vos podés volver a trabajar en el diario.

—Eso ya pasó... Tenés más de sesenta y yo voy para los ochenta. A mi edad, aunque volviesses mañana no me reconocerías, ¿sabés lo que quedó de aquel mozo que conociste en la playa?, nada. Ni asomo de esa facha. Me empilcho, eso sí, pero nada más. Tengo arrugas por todos lados y la piel flácida. Dentro de poco me van a poner pañales.

—No sea tonto. Usted... quiero decir... vos, siempre fuiste muy coqueto.

—Sí, Beba. Pero de lo otro ni rastros, ¿eh? No queda ni la presencia.

—No te creo.

—¿Sabés como les hubiera puesto a mis hijos?

—¿Cómo?

—A los tuyos, digo... a los que íbamos a tener. Valentino el primero. Hábil para los negocios y de buen pie para el fútbol. Milagros la nena. Rubiecita igual a vos. Atleta y

cariñosa. Y Marquitos al último. El intelectual. A ese lo teníamos ya de grandes y se quedaría estudiando en la casa y ayudando en el campo. Otrabajando conmigo en el diario, dándome una mano con los artículos. Nosotros lo hubiésemos ayudado para que no se tuviera que ir a Buenos Aires.

—Marquitos... El que se iba a quedar con nosotros hasta lo último.

—...

—Ay...

—¿Qué le pasa? ¿Quiere que...?

—No, es que...

—...

—Nada...

—...

—Ya estoy mejor. Sigamos.

—Esto no me lo había dicho nunca.

—Es que estoy tan cansado últimamente... Todo me agota, todo me da sueño, que me charlen, que no me charlen, las noticias, las novedades. De joven escuchaba que decían que los viejos dormían poco. Bueno, yo duermo más que de pibe. ¿Por qué será?

—Quizás te faltan vitaminas...

—La respuesta es que el tango miente, Beba. Me lo dijo mi viejo en su momento y tenía razón. La vida no es “un

soplo” y “veinte años” es demasiado. No pasan más...

—...

—Ahora ya no me quedan más que los recuerdos, Beba. Un recuerdo en realidad. El que más atesoro, el que repaso una y otra vez a la noche, para tratar de ahuyentar a ese miedo que se me aparece cuando cierro los ojos, justo antes de dormirme... Y es de esa vez, en la playa, ¿te acordás?

—¿Cuándo?

—Que te hablaba en gallego, con las zetas y los tú, y ponía tono de locutor serio. Que vos me festejabas y no parabas de reírte y me pedías que siguiera. Bebita... ¿por qué me pedías que te hablara con acento?

—...

—Fue la noche de la hamaca de la casa, Beba. Esa maldita hamaca en la que empezó todo. Que tus amigas la gorda y la otra, hablaban sin parar y yo aprovechaba para rozarte con mis piernas, mientras vos te ponías nerviosa, ¿te acordás? ¿Qué recién al amanecer se fueron y vos te relajaste y te fuiste transformando en una mujer caballo?, ¿con tus ojos achinados y tu cuello tan musculoso que adornaba tu crin? ¿Te acordás? ¿Que no hacía frío ni nada y nos quedamos acostados mirando el cielo repleto de estrellas? Y ahí en esa playa, esas estrellas se veían mejor que en cualquier lugar del mundo, mejor que en

que en cualquier lugar del mundo, mejor que en Edimburgo, Inglaterra o cualquier lugar al que te hubieses ido. Esa noche parecía que levantábamos las manos y podíamos alcanzarlas, bajarlas a la tierra y... Eras tan suave Beba. Como una nube. Una nube de algodón que me acariciaba con sus pelos blancos y yo.... y yo, Beba... Yo fui feliz esa noche.

—...

—¡Ay, Beba!

—¿Está bien?

—...

—¡Señor!

—...

—Contésteme, ¿quiere que llamemos al doctor?

—...

—¡Por favor, hableme!

—...Es que me mareé un poco, nada más. Pero dejémoslo acá, ¿sí? Ya está bien por hoy. Gracias una vez más. Estoy cansado y tengo que subir las escaleras de vuelta.

—Ahora me cruzo y lo ayudo.

—No es necesario. Prepáreme algo de comer antes, que me entró el hambre. Algún matambre o un sanguchito de mortadela. Y después... vaya si ya terminó. Vaya tranquila a hacer sus cosas, que seguro la esperan en su casa.

| INVASIÓN |

PRIMERO FUE UNA PEQUEÑA PROTUBERANCIA cerca de la cadera. Parecía una picadura, y durante mucho tiempo estuve seguro de que lo fuera, pero aun en este momento, no sé qué la produjo. Solo recuerdo despertarme una mañana y verla allí, formando un círculo perfecto debajo del hueso de mi cadera. Una pelotita llena de pus que me raspaba contra el vaquero. Blanca por dentro, oscura en el centro. Tan insignificante que hasta parecía inocente.

Ellos no habían aparecido, ellos vinieron más tarde... Fue esa cosa que no me dejaba dormir por las noches, la que me hizo bajar al ambulatorio aquella mañana. Hacía años que no enfermaba ni consultaba al mé

dico, pero aquello ya se estaba poniendo feo, así que cogí una cita en urgencias.

La sala de espera del centro de salud era un asco. Había tantos inmigrantes que ni siquiera cabían en las sillas. Mujeres gordas y sucias, niños afiebrados, viejos comiendo esas porquerías que escupen en el suelo. Parecía un campo de refugiados más que un hospital, y el olor que se condensaba era nauseabundo. Olía a enfermedad y a tercer mundo.

Encontré una silla desocupada, lo bastante alejado de la marabunta, y allí me dispuse a esperar. Abrí el periódico que había traído de casa e intenté leer un poco, pero no logré concentrarme. El aire era irrespirable, al lado mío había un gordito que no paraba de moverse, chillando como un pato perdido. No tendría ni cuatro años, pero ya se perfilaba para ser uno de esos chulitos dominicanos del barrio de Tetuán. Le miré varias veces para tratar de llamar su atención, pero el mocoso seguía a su bola, y los padres ni siquiera le prestaban atención. Dos panchitos regordetes que jugaban con el teléfono, y se reían a carcajadas como imbéciles. Estaban por todas partes. Cada vez que bajaba a Madrid veía más y más. En las plazas, en los bares, en las escuelas, en los comercios. Con sus modismos de indios, y sus mujeres moviendo el culo como un limpiaparabrisas, con tres o cuatro críos

siempre en brazos. Avanzando como enredaderas sobre nuestras costumbres, nuestra cultura, nuestra lengua...

—Es que no puede ser, hombre —le dije a un hombre que tenía al lado mío—. Nos tienen a los viejos esperando, y estos, que no se enteran de nada, llegan, y los atienden como a cualquiera. Al final parece que estamos en una oficina de extranjería.

El tío se quitó las gafas, y con total descaro se giró para contestarme:—Si vienen aquí es porque no tienen dónde ir —y subió el tono de voz para que lo escuchase el resto—. ¿Acaso no hicimos nosotros lo mismo?

Qué imbécil... El típico rojo que sale con su perorata migratoria. Encima iba de moderno, con más de cincuenta años pero vestido como un adolescente.

—No conozco a nadie que haya emigrado, señor —le respondí—. Los que lo hicieron, fueron a hacer negocios y muy pocos regresaron —y sin esperar su respuesta me puse de pie, incapaz de soportar ya la espera en un sitio como ese, y golpeé la puerta de la doctora Díaz Bruno.

A los pocos minutos asomó el morro y me habló de mal modo. Me quedé pasmado al verla. Era una de estas negras con las tetas para afuera, y maquillaje en toda la cara como si estuviera de fiesta, pidiéndome que tuviera paciencia, que estamos retrasados, señor. Era in

audito. Tendría que haberle dado un par de hostias allí mismo, y mandarla de una patada de vuelta a su isla. A ella, y a toda esa caterva de energúmenos que no dejaban de observarme. Y al moderno también, por imbécil.

—¿Cuánto me queda? Dígame o me largo ahora mismo.

—¿Cómo es su apellido?

—Velázquez

—Tiene varias personas delante todavía, tenga paciencia —y con total descaro me cerró la puerta en la cara.

Me quedé clavado allí mismo, viendo a cada una de las ocho o diez personas que pasaron antes que yo. Moros, latinos, rumanos, gitanos. Ni siquiera un español.

—Velázquez, con zeta —le dije finalmente cuando me llamó por mi apellido aun teniéndome a su lado.

—Sí, *Velasques*. Pase. Tome asiento —respondió la muy burra.

—Lo mínimo, ¿no? Después de tirarme toda la mañana de pie, que pronuncie bien mi apellido y me haga sentar.

—Somos muchos y hay que tener calma —y se puso a escribir no sé qué cosas en el ordenador, ignorando mi comentario—. ¿Qué lo trae por aquí?, ¿es la primera vez que viene? No logro ver su historial.

—¿Si es la primera vez? Esto es el colmo... Vengo desde mucho antes que usted llegara a España, señorita.

—Entonces lleva mucho tiempo viniendo —respondió—. Soy tan española, como usted.

—¿Ah sí? Discúlpeme, no la había reconocido —y le solté la carcajada en su rostro.

Se quiso hacer la profesional, e ignorando mi petición de revisar la infección, me mandó sentarme en la camilla para controlar la presión. Con su cuerpo a pocos centímetros del mío, me ató la goma y empezó a bombear el aparatito. Hinchaba y deshinchaba con sus manos gruesas y negras y sus asquerosas tetas que sobresalían del uniforme e intentaban provocarme. Olía a sudor, a especias, a selva.

—Está bien, doce ocho —y me desató la máquina—. ¿Dónde tiene la molestia?

—Ahora se la muestro —y aprovechando que la tenía cerca, me puse frente a ella y me bajé los pantalones por completo—. No llevaba calzoncillos, y mi cacharro, bastante más grande que el de cualquiera de esos negros, tambaleaba triunfante bajo la camisa. Una verga imponente, a pesar de mis años, y que estoy seguro la hizo correrse por dentro. ¿Dónde la tiene?, ¿dónde la tiene?, repetía nerviosa con su acento bananero.

—Aquí, ¿no la ve? —y le señalé la pelotita—. Lleva

creciendo varios días.

Ella le echó un ojo y me habló enfadada, intentando ocultar su sorpresa.

—¿Qué le ha picado ahí?

—Pues no lo sé. Para eso se supone que estudió...

—Vístase.

—Parece una araña o algún bicho, pero con este clima.

—Vístase por favor.

Le hice caso y ella se sentó delante de su ordenador, acalorada.

—¿Estuvo de viaje?

—Oiga doctora, las cosas no están como para andar haciendo vacaciones, ¿no cree? ¿Usted puede hacerlas? Yo no.

—¿Tuvo fiebre?

—Nada.

—¿Dolor de cabeza?

—Estoy sin pegar un ojo.

—¿Va bien de cuerpo?

—Se sorprendería.

—¿Cuántas deposiciones al día?

—Varias.

—Va a tener que examinarlo la infectóloga, hay que hacerle una muestra.

—Ni de coña. Recéteme un calmante y ya.

—¿Seguro no sabe qué le pudo haber picado?, ¿hay algún nido de avispas en su casa?

—En mi casa no hay esa clase de bichos en invierno. En todo el pueblo estamos libres de esas mierdas. Solo deme algo para dormir por las noches.

Ella dejó un momento el ordenador, y me clavó con furia sus ojos indios. Eran dos círculos perfectos que concentraban toda la sangre de su ira. Blancos por dentro y oscuros en el centro, negríssimos, igual que la pelotita de la cadera. Una salvaje amazona que abría y cerraba su ancha nariz, mostrando toda la intensidad de su resentimiento.

—El problema es que la infección puede evolucionar y pasarle a los órganos o a los huesos y traerla serias complicaciones—me dijo, intentando dominarse— No todo lo que llega de fuera se va de la noche a la mañana, ¿sabe?

—No me interesa. Si no me receta un calmante, buscaré otra cita —le dije y agarré mis cosas para irme—.

Entonces ella, con toda su astucia, me pidió que esperase un momento, que me aplicaría una crema para calmarme.

—Enséñemela de nuevo, por favor —y como un tonto acepté acostarme en la camilla, de lado.

Abrió un paquete que sacó de su armario, y sin consultarme nada, me bajó el pantalón con firmeza, y me metió un dedo en la infección. El dolor fue tan intenso que le di un puñetazo para quitármela de encima. Ella se cayó al suelo y me insultó, yo me puse de pie como pude, cogí mis cosas, y sin terminar de vestirme, salí de la consulta lo más rápido posible.

Atravesé los pasillos rengueando, con el dolor de la cadera que me nublaba la vista, mientras ella me llamaba a gritos y le pedía a los enfermeros que me detuvieran. No lograron alcanzarme. Tomé el primer ascensor que me topé, y cuando salí a la planta baja, me escabullí por el hospital sin ser pillado.

A los pocos días, cuando parecía que aquello estaba empezando a dejar de molestarme, llamaron por primera vez. Me estaba duchando, y como no suele llamarme nadie, lo dejé sonar largo rato. Al tiempo cortaron y me olvidé del asunto. Sin embargo, esa misma tarde insistieron. Pensé que era uno de esos comerciales intentando hacerme alguna oferta, pero no. La que me hablaba era una enfermera, del mismo continente que la negra, que decía que ya estaban listas las muestras, y que debía pasar a buscarlas.

—¿Qué muestras?

—Unas muestras bacteriológicas que le hicieron.
La doctora Díaz Bruno quiere verlo cuanto antes.

—Le agradezco, pero le pido que no me llame más.
Si algún día tengo interés, me acercaré yo al hospital —y corté la llamada.

Seguí con mi vida normalmente, un poco de televisión, un poco del bar de Paco, y los paseos por la calle Comercio por las tardes. Pero unos días después, volvieron a llamar. A las ocho de la mañana sonó el teléfono. Esta vez un hombre mayor, que parecía argentino o uruguayo, de voz gruesa.

—¿Con el señor *Velasques*?

—*Velasques* no existe. En todo caso, Velázquez.
Con zeta.

—*Velazques* —se corrigió apenas el tipo.

—¿Qué hay?

—Ya están listas las muestras que le tomaron.
Tiene que pedir una cita y pasar a recogerlas.

—Le dije a su compañera que no tengo ningún interés en el asunto.

—¿Esta tarde puede? ¿Sobre las seis?

—¿Es usted sordo?, ¿no me oye?

—Es importante... La doctora pidió que cuanto antes...

—Dígale a la doctora que no iré ni mañana, ni pa

sado ni nunca. Me paso por las pelotas el resultado. No vuelvan a llamar —y una vez más corté la llamada.

¿Qué se creían?, ¿que caería nuevamente en su trampa? ¿Que me expondría a vérmelas con todos esos panchitos para que me llenen de virus y bacterias? No señor, de ninguna manera... Lo solucionaría por mi cuenta, con un poco de buena comida y baños de agua tibia. Pan mojado, buen descanso y agua. Punto pelota.

Me ocupé de limpiar la costra todas las mañanas hasta hacerla supurar, y por momentos pareció dar resultado, ya que me dejó de latir y logré desinflamarla. Durante varias noches pude dormir de corrido y retomar mi vida habitual, más no duró mucho. Al cabo de una semana, la protuberancia había mutado y dejado de ser la pelotita blanca e inocente que me molestaba al dormir. Se había convertido en una cápsula negruzca, del triple de su tamaño original, y tuve que volver a guardar cama.

Entonces volvió a sonar el teléfono. Una madrugada, cerca de las tres, cuando estaba a punto de conciliar el sueño, me despertaron. Me levanté de un salto y caminé lo más rápido que pude hasta la sala, creyendo que era alguna de mis hijas que les había ocurrido alguna cosa. Sin embargo, mientras me iba despabilando, me di cuenta de que aquello era ridículo, que hacía años que

no tenía noticias de ellas, y que solo había sido un acto reflejo. Imaginé que sería algún bromista que había cogido mi teléfono de la guía, así que cogí el aparato con vehemencia para amedrentarlo. Ni siquiera pude hablarle. En cuanto oyó mi voz cortó el muy cobarde, y me quedé alterado por el sobresalto.

Regresé a la cama con el corazón al galope, y hasta que no amaneció, no logré conciliar el sueño. Cuando lo hice, tuve una pesadilla extraña que anticipó los acontecimientos que vendrían los días siguientes. En ella estaba en una sala de cirugías, a punto de ser intervenido, y con varios médicos alrededor, todos negros, entre ellos la doctora Díaz Bruno. Se reían y hacían chistes sobre mi cuerpo, enchufado a decenas de sondas, y manifestaban que no me quedaba mucho tiempo, pero que igual intentarían algo. Yo pensaba que estaban por operarme, cuando en realidad se me iban acercando con sus manos sucias, y sus batas llenas de restos de vísceras, para comerme. Uno a uno iban pasando con un cuchillo de cocina, cortándome pedazos de carne que se pasaban entre ellos y masticaban como cerdos. Troceaban mi cuerpo con las manos, tragaban desaforados, escupían los restos de grasa sobre mi cara. Mis muslos, mis nalgas, el pecho, incluso mi lengua. Se estaban haciendo con todo. Lo terrible era que los veía pero no era capaz de intervenir.

No podía frenarlos, ni moverme, ni decirles nada. Estaba consciente pero aterrado, incapaz de detenerlos.

—¿Los riñones? No sirven —decía la doctora y se los tiraba a los negros. ¿La vesícula? Tampoco... —y entre ellos se peleaban y comían desesperados, con las caras violáceas y oscuras, bañadas en sangre.

En un momento lograba tomar coraje, y con las pocas fuerzas que tenía, trataba de quitármelos de encima y agarrar los órganos que me robaban e intentaba meterlos dentro, en cualquier agujero. Ellos se me reían a carcajadas y me decían que era en vano, que al españolito no le van a servir de nada sus órganos, y que tenía que dejarlos salir.

—¡¿A quiénes?!, ¿a quiénes tengo que dejar salir? —pero ellos no contestaban. Se acercaban, y entre todos terminaban de devastar mi organismo y de vaciar por completo mis cavidades. Solo quedaba mi cerebro, al que dejaban para el final...

Me desperté atormentado. Lo primero que hice fue revisar mi cuerpo parte por parte, para ver si faltaba algo. Estaba todo. Sin embargo, cuando me toqué la cadera, encontré otra protuberancia, del mismo tamaño que la primera. No había sentido absolutamente nada, ni un pinchazo ni una mordedura. Simplemente abrí los ojos y allí estaba. Otra pelotita de mierda en mi cuerpo.

Me levanté, dispuesto a terminar con aquello de una vez por todas, fui hasta el cuarto de baño y me desnudé. Cogí una aguja y le di un buen pinchazo a la primera costra, intentando reventarla. Nada sucedió. Le di otro más fuerte, y luego otros más, y diez, quince, veinte más, pero tampoco hubo manera de destruirla. Estaba tan dura que ni siquiera se agrietaba y tuve que coger mi navaja. La limpié con alcohol y empecé a rasparla por fuera, sacando las capas de piel podrida. Lo hice despacio, dolía como el demonio, y cuando finalmente di con la raíz, en el centro de la cápsula infecciosa, pinché por última vez con determinación. Un líquido cremoso y amarillento emergió. Era un géiser putrefacto que drenaba sin parar por mis piernas manchando el suelo del baño. Entonces lo vi. Un insecto del tamaño de una cucaracha, con varias antenas y decenas de garras. Negrísimo. Tan horroroso como la oscuridad misma, y que traía consigo otros bichos más pequeños que se mostraron, y luego se metieron hacia dentro. Traté de cogerlos, horrorizado, pero en cuanto metí el dedo en la cápsula, caí desmayado del dolor.

Al día siguiente volvieron las llamadas. Todas las madrugadas, a las tres, daban cuatro o cinco toques y colgaban. Yo me levantaba, ya por ese entonces me costaba mucho caminar, y me iba hasta la sala, más nunca

llegaba a atender.

Una noche me propuse atender el teléfono como fuera. Bebí unas copas de aguardiente para mantenerme despierto, y me senté al lado del aparato, esperando paciente hasta la madrugada. A las tres y poco más sonó, como todos las noches. Descolgué y antes de escuchar nada los insulté de todas las maneras posibles. Vociferé toda mi rabia acumulada y los traté de golfos, de macarras, de guarros, de hijos de puta, esperando a que se dignasen a contestarme. Fue en vano... Solo se escucharon varias respiraciones y de fondo, una melodía como un bolero o algo así. Entonces simplemente cogí el aparato, lo desconecté y lo arrojé con furia contra la pared.

Esa mañana me desperté con un bulto en el vientre, el siguiente en las piernas, luego el rostro, las orejas, la nariz, las manos... Cada día me apareció una pelotita nueva, y al cabo de un mes, tenía una treintena de ellas, de distintos tamaños, desde los pies hasta la calva. Los bichos crecieron y se expandieron a gran velocidad, dejando sus larvas en cada cápsula, llenándome de hongos, pudriéndome la sangre. El oxígeno que les daba al limpiar las costras, sin saberlo, los alimentaba, y para cuando terminó el invierno, ya estaba completamente invadido.

Este mediodía, cuando ya había perdido todas las

esperanzas, creí escuchar el teléfono. Al principio pensé que lo estaba imaginando, porque estaba seguro de haberlo desconectado, pero luego pensé que podía ser real, que tal vez algún colega que me echaba de menos, y que no me veía hacía semanas donde Paco, se preocupaba por mí. Tal vez si llegase a atender, esto podría tener solución, tal vez no en el ambulatorio y con la negra, pero podrían ayudarme. Me levanté como pude, y con el máximo de los esfuerzos posibles, logré bajarme de la cama al suelo. Cuando lo hice sentí un frío gélido en la espalda, una sensación aguada, como si me hubiera meado, y cuando me giré hacia la cama, me di cuenta de que había dejado mi piel allí. Estaba amarillenta y rojiza convertida en una sopa de costras. Nadando en esa viscosidad negruzca, cientos de bichos que con rapidez empezaban a desbandarse y a moverse por entre las sábanas. El teléfono seguía sonando y no paraba, así que con lo que me quedaba de energía, me fui arrastrando lentamente para intentar atravesar la habitación. Los invasores corrían, gritaban, saltaban dentro mío, furiosos por mi alejamiento. Gateé como pude por el pasillo y ni siquiera me importó perder mi mano izquierda en el camino. La arrastré durante un tiempo, mientras se iba quedando inerte, como un guante viejo, abandonado. Finalmente, logré acercarme hasta el salón y descolgar el teléfono. Era la misma respiración

de aquella vez, que tomaba aire para hablarme. Con voz muy calmada, y acento extranjero se me adelantó.

—Ya es hora de que los dejes salir, *Velasquesss*. Tienes que dejarlos que sigan avanzando —me dijo, y esperó en vano mi respuesta.

Sentí como el terror se iba apropiando de mí. Mi boca está cortada y los músculos no me responden y solo puedo gemir. Berreé, bufé, aullé como pude, y dejé todas mis fuerzas en esos gritos, luchando por mantenerme con vida, pero no pude siquiera contestarle. Ahora ya no puedo moverme y creo que perdí la audición, porque solo los escucho a ellos ir y venir por mi sangre, chillando como el mocoso del ambulatorio. Mi única esperanza es que el olor rancio que está a punto de emanar la habitación, le dé la idea a alguno de que las cosas no están yendo bien. Que venga la guardia civil o los municipales y derriben la puerta y les impidan continuar impunemente su invasión. Porque una vez que acaben con mi cuerpo, irán saliendo, explotando en sus asquerosas cápsulas, y acomodándose en mi casa. La irán ocupando poco a poco, y de mi casa a la de los vecinos, les aviso, no faltará mucho.

Cuando se quieran acordar, ya nos habrán invadido a todos.

ESTOY EN LA PARADA DEL 44 que va de Arroyo Fresno a Gran Vía. Parada techada, recién pintada, y con un cartel electrónico que indica el tiempo de espera y el clima. Dice que hace seis grados, pero que la sensación es de menos uno, y que mañana puede que caiga nieve, o aguanieve, o simplemente agua sin nieve. Sin embargo, tengo mis dudas. Madrid, con su somier de contaminación eterna, lo aguanta todo, incluso la nieve, que si cae es fina, y bañada de polución.

Varias personas esperan conmigo. Un grupo de universitarias que parecen nerviosas por un examen, uno que parece rumano que habla con otro que parece

marroquí, y los viejitos de todos los días, que siempre tienen mucha energía para quejarse. Dicen que es una vergüenza. Que hace como quince minutos o más que esperan el autobús. Los miro, y sin expresarlo demasiado, no quiero que se desarme mi bufanda estratégicamente colocada, me río bajito. Pienso en cuando esperaba cuarenta o cincuenta minutos el 352 para ir desde Carapachay al centro de Buenos Aires. Sin techito ni banquitos, ni cartel que te anunciara nada. Simplemente un cartoncito con el número de línea, que algún Gremlin que pasaba justo por esa parte de la provincia, puso de manera provisoria pensando que algún día los argentinos lo arreglarían. Pero la parada nunca se construía y a veces llegaba a una parada, que no era parada pero que tal vez podría ser parada, y ahí me quedaba esperando, con el paraguas en mano, yendo y viniendo a la esquina a ver si venía el colectivo. Con esa pregunta religiosa come intestinos y de cuya respuesta dependía que llegara a tiempo a la facultad, al cine, o a una cita con una chica. “No sabés si pasa por acá, ¿no?”, interrogaba doblemente y en negativa y la gente casi siempre contestaba, pero siempre sumando más dudas y suposiciones. “Creo que sí, pero no estoy seguro. Dejame ver... Me parece que cambiaron el recorrido.”

Aquí en cambio nadie da por supuesto nada sino

que todo el mundo se queja. Se quejan los chavales, se quejan los modernos, se quejan los jubilados. Dicen que el servicio es una puta mierda, antes de la crisis era mucho mejor, tenía más frecuencia y mejores asientos. España en sí es una puta mierda, dicen...

Yo me vuelvo a reír, esta vez sí se me desacomoda la bufanda, y los veo aliviarse cuando finalmente llega el 44 y la voz robótica del autobús indica el nombre de la parada y las conexiones con las otras líneas. La gente sube, pone sus tarjetas contra la pantallita, se escuchan los clics. Un viejo, un clic, una chica, otro clic, los marroquíes, clics, clics. Yo prefiero pagarle al conductor en mano y de paso conversar un poco. El que tocó esta vez es bastante gordito y lleva el pelo corto, peinado con gomina. Pareciera que recién comienza el recorrido porque tiene el uniforme impecable, chaleco azul de la empresa reluciente y camisa azul sin una arruga, recién planchada. Me cobra el euro cincuenta, no me da mucha lata, y espera al semáforo para darme las monedas sobrantes por entre el hueco de la mampara que lo encapsula. Una de dos euros, la de uno y la de cincuenta. Las cojo y por un segundo le rozo sus dedos que rápidamente se escurren de los míos. Me recuerdan a los de mi padre, aunque menos gordos, pero con el anillo de casados en el mismo dedo, el meñique. El tipo me mira raro, quizás se piensa

que estoy intentando ligar o algo así, y me señala de mala gana que tome el tique. Lo hago y pienso que estamos separados por algo más que una ventana de seguridad. Nos separan diez mil, doce mil kilómetros de distancia, de viajes de madrugada cebándole mate a mi viejo con el colectivo vacío de Ballester al Riachuelo. Pero este chófer madrileño no sabe nada de la neblina del Río de la Plata ni de los puentes de la General Paz para entrar a Capital. Este no escucha la radio, no insulta a nadie, no habla del tráfico. Simplemente acelera y al hacerlo, parece más bien que nos lleva en una nave espacial que en un verdadero colectivo. Los cambios no se oyen y los rebajes tampoco. Es un castizo sigiloso que se desliza por las calles de Madrid.

Atravesamos la calle Numancia, que con su cuesta tan pronunciada me hace creer que en algún momento aparecerá Mar del Plata, y entramos a Cuatro Caminos en donde se sube toda esa gente rara que no se sabe de dónde viene o qué hace de su vida. El robot anuncia las combinaciones y los pasajeros fichan, se sientan y cogen el móvil. Sube un ejército de jubilados con bolsas de compra y ansiedad por sentarse donde sea. “¡A tomar por culo!”, les digo en mi cabeza y en el asiento individual detrás del chófer, me hago el dormido para despiistarlos. A los cinco minutos siento una frenada y me doy cuenta

que estoy en el 352 y es mi viejo quien maneja con sus ciento veinte kilos al volante. Vos, que doblás en Derqui y salís de refilón a Triunvirato para echarle un fino a un taxista que te tocó bocina. Lo puteás en argentino, como se hace acá, y después lo encimás varias cuadras para perseguirlo, hasta que le das por Mitre y atravesás las vías del Belgrano. Y sí que es un horno este bondi, sin aire, y con las ventanas que se van cerrando del traqueteo y que la gente no se aviva en abrir. Afuera hace cuarenta grados y adentro cincuenta, y no corre nada de aire. Viajamos como tarados mentales, con la pilcha arrugada y sucia y las jetas humedecidas del calor. Recién cuando agarramos la Panamericana entra un tufo caliente que nos devuelve algo de oxígeno. Destila el olor a Conurbano y a pobreza que llevamos en las entrañas, pero al menos es algo. Y del traqueté traqueté del 352, con sus asientos con resortes y esos rebajes que lastiman los pies, se me revuelve el desayuno a la vez que se me pone dura la pinga. Inflamación estomacal y erección compiten ahora por la sangre de mi cuerpo, aunque por suerte termina ganando la erección. Entonces mi centro sexual, que con tan poco oxígeno comanda mi cerebro, empieza a buscar pensamientos para justificar todo ese gastadero de sangre. Que nadie diga que me calienta el repiqueteo del asiento del colectivo en la próstata, ¿eh? Será por la

pibita de calzitas, o la del vestidito blanco, o la maestra del primer asiento, pero no por el 352. Así que para pasar el rato, me invento un colectivo semi-vacío y entre todas las chicas que subieron, me armó una buena película de jeans apretados y polleritas de colegio. Y en esas estoy, armando y desarmando escenas, cuando me chistan y me tocan el hombro bruscamente. Es un toque con dos dedos, como cuando te hacen un piquete de ojos, pero más fuerte y en la espalda. ¿Y quién es?.. Sos vos que me decís que me quedé dormido y me pasé de la parada, y que deje de toquetearme. Que ahora salís de nuevo para el centro y que no sea boludo, que voy a llegar tarde. En un segundo me borras la película porno y te veo apoltro-nado y feliz, en ese asiento que rechina y baila, con esa palanca de cambio que tiene el tamaño de mi brazo y un ojo azul en el centro. Vos viejo, gordísimo. Apretando el embrague, girando el volante con dureza y metiendo tercera con tu comando. El motor está atrás y pareciera que la caja de cambios lleva unos tubos por debajo porque nos vibra el suelo con cada maniobra tuya. Pero eso nos alivia, porque sentimos que hay un jefe, alguien a cargo que conduce, putea y clava los frenos cuando es necesario. No es una de esas naves espaciales conducidas por un madrileño amargado que anda escondido detrás de un vidrio para que no le hablen. Es un barco Rioplatense,

con trompa de mulato, fileteado en La Boca. Navegado por una mano peluda y transpirada, con un anillo de casado en el meñique, porque ya no entra en el anular, y que agarra las monedas de los pasajeros y les devuelve un boleto desteñido. “Se te va a meter dentro de la piel el anillo”, te decía mamá mientras cocinaba. ¿Te acordás? “Te va a ir a parar al estómago junto con las milanesas”.

Yo pensaba lo mismo cuando te veía comerlas de a diez y mirabas la tele con el volumen alto y te reías de los chistes de Tinelli para sacarte la bronca de todo el día en la calle. Anillos de carne empanada y bolas con ojos en palancas que meten cambios.

Embrague primera, acelera. Embrague segunda, acelera. Embrague tercera y: ¡Movete pajero! ¿Adónde querés ir con esa catramina?

Tu voz de colectivero zarpado resuena en todos los pasajeros y así todo el camino, de Ballester a Boulogne, de Carapachay a Munro, todo Vicente López, todo el centro y así ida y vuelta, ida y vuelta. Doce horas por día bailando y rebotando en el asiento y yo diciéndote que te calmases un poco, que ya nos habíamos quedado sin mamá el año pasado, y que no te quería muerto por un paro cardíaco o una golpiza de algún loco. Pero vos, nada. Las cosas no se hacen como yo digo y no tengo que decirte cómo manejarte. “Sos un pendejo que nadaba en

mis bolas”. No se hable más.

Embrague tercera, acelera. Embrague punto muerto. Te agarra el semáforo en rojo y te bajas al kiosco a comprar una coca y un pancho y nos dejás a todos adentro esperando. Cuarenta y cinco segundos dura un semáforo. Pueden ser noventa si hay muchos autos delante y te agarran dos seguidos, pero a vos eso no te importa y tardas bastante más. Vos no contás los segundos. Vos simplemente te bajas tranquilo, saludás al pibe que atiende y te pedís un pancho. Un perrito, dirían en España. Una salchicha abierta por la mitad, solitaria y aburrida, que flota en el agua turbia de Buenos Aires. Un embutido de cerdo que se deja atrapar por dos pinzas grasosas y la mano sucia de un chaboncito que la mete en dos panes blanditos. Un matambrito roñoso que se baña en varias capas de mayonesa y ketchup y que terminará en tu estómago junto con las milanesas y los miles y miles de anillos de grasa empanados.

Embrague primera, acelera. Embrague segunda, acelera. Embrague tercera, acelera.

Te lo vas morfando con los “daaaale gordo puto” de media ciudad, y los bocinazos de los tacheros que parecen que no van a terminar nunca. Está bien, me callo. Sos vos el que está arriba del bondi. Termináte el panchito nomás. Pero arrimate un poco más a esa se-

ñora que no puede subir bien. Y a la otra, dejala bajar. Hace media hora que te está tocando el timbre. ¿Por qué no le frenás? ¿Para qué no te agarre el semáforo? ¿No te das cuenta de que la abuela esa no puede caminar? ¿Y a la del Renault?, ¿por qué la mandas a lavar los platos? Tiene dos nenes adelante, tenele paciencia. ¡Frená en las esquinas, viejo! ¡Nos vas a hacer mierda!

Cierto... Estás atrasado para el asado. El ritual de los viernes con los compañeros de la empresa. Morcillas, chorizos, chinchulines, mollejas, vacíos, entrañas. Vino y carne hasta las ocho de la noche. Comé tranquilo, viejo. Que no te importe volverte una ballena y te digan que de tan gordo vas a tener que quedarte a vivir en el colectivo. Volvé a casa y de nuevo comé con nosotros carne con carne. Tres, cuatro, cinco, diez milanesas y decime: “Morfá pibe. Pura proteína. La mejor carne del mundo”. Y en el asado número mil cuando ya el volante te apriete tanto la busarda y no se te distinguen ni los tobillos, y te quedes rojo de la asfixia, explicame por qué los gallegos de a la vuelta de casa son tan boludos. “Porque no comen carne, hijo. Comen hígado como los perros”. Entonces si ellos son tan brutos y vos tan macho, comete la vaca entera. Empezá por la cola, metete las pezuñas en la boca y después las piernas y abrí grande el estómago para tragártela toda. Subite al 352 y no salgas más. Que-

date a vivir ahí dentro mientras tu cuerpo se expande y la camisa ya no te entra y te aprieta tanto que te deja la cara roja. Carapachay, Munro, Martelli, Florida, General Mitre, Villa Pueyrredón, toda la capital, ida y vuelta sin parar, primera segunda tercera cuarta quinta. Veinticuatro horas al día los trescientos sesenta y cinco días del año. Dejá que cada noche la grasa vaya saliendo de tu cuerpo y formándote resortes, palancas, bulones, tuercas y te vayas fundiendo con los asientos, con el suelo, con las ventanillas. Que vayas ocupando cada parte de ese 352 en el que viajaba la última vez que te vi. No salgas, eso sí. Lo único que te pido es que te quedes. De ninguna manera se te ocurra bajarte. Porque errores podemos cometer todos, incluso lo que vos hiciste, pero escaparse y desaparecer, no. Quedate por favor.

Embrague segunda, embrague tercera, embrague cuarta, acelera. Vamos tan rápido que los que van de pie se tambalean y el resto se golpea cada tanto con las ventanillas. Algunos te tiran la bronca y tocan el timbre para bajarse, pero vos no les das pelota. Seguís acelerando porque lo que más te importa es llegar al asado a tiempo para comerte tu ternero.

Embrague quinta, aceleras a fondo en Avenida Maipú. Asomo el cogote por entre el asiento y veo que lo estás poniendo a ochenta kilómetros por

hora. Casi cien en una avenida, que por más que está poco transitada, pasan autos, taxis, bicicletas, peatones. Se te vienen a quejarte los pasajeros, agarrados de los pasamanos para no caerse, pero contestás cualquier cosa y los mandás a la mierda. El tipo de traje del primer asiente te insulta y te amenaza tanto, que por un momento ya no pensás más en el asado, ni en los pasajeros, ni en tu trabajo y ni siquiera en mí que voy atrás tuyo. Solo querés seguir apretando el pedal hasta fundir el motor y que el colectivo siga de largo hasta el infinito. Y te enviás tanto que cuando está por cambiar el semáforo a rojo, no querés esperar los cuarenta y cinco segundos y acelerás en amarillo y justo se te cruza un Fiat y del volantazo seguís de largo hasta el frente de un negocio. Te llevás puesto todo. El árbol, la vidriera, la señora que estaba en la puerta, todos los pasajeros del auto. Los hacés mierda a todos.

La gente en la calle grita, se escucha una ambulancia, los pasajeros intentan bajarse. Yo me limpio la sangre de la nariz, y te digo que estoy bien, que no pasa nada, que es un accidente, le puede pasar a cualquiera, pero que me esperes, que bajemos juntos. Que lo vamos a resolver juntos... Pero vos estás sordo y atontado, le das manotazos al volante de la bronca, y ni siquiera te das vuelta. ¡Ayudalos, viejo! Fijate si la gente está bien, hay

algunos que no reaccionan. Pero estás en otro viaje, en otra historia, en otro tiempo. Deseando que todo aquello no sea más que una pesadilla producto de la indigestión del asado que no te comiste. Creyendo que si salís del 352 y empezás a correr, quizás no te encuentren y puedas escapar de todo esto y fugarte a algún país lejano. No vas a poder hacer ni dos cuadras de lo gordo que estás, sos una vaca convertida en colectivo, con el asiento pegado y las orejas de bulones, ¿te acordás? Y además todos vieron lo que hiciste. Embrague quinta, aceleraste a fondo con el semáforo en rojo. Punto muerto para el frente del negocio, para el Fiat, para la señora, para los dos nenes.

Te bajás del colectivo y aguantás las trompadas y patadas de los pasajeros que buscan venganza. Te muerden, te tiran del pelo, te tiran piedras. No te lastiman. Hay demasiada grasa protegiendo tus órganos. Demasiadas milanesas, demasiados asados, demasiados anillos de carne. Te veo asustado como un ternero en matadero sacándotelos a manotazos y empezando a correr por la costa del Riachuelo. ¿Adónde vas, viejo? ¿Quieres cruzar el río más contaminado del mundo? ¿Nadar entre sus aguas putrefactas, intoxicadas de salchichas y de la mierda de todos los argentinos? ¿Adónde piensas escapar?, me pregunto, mientras intento despabilarme y limpiarme la sangre en la nariz antes de bajarme en Gran

Vía. Ojalá me hubieras escuchado, pero no... Seguiste acelerando, apretando el pedal de la vida hasta el fondo, embrague sexta, séptima y octava, hasta que de alguna manera te subiste a un taxi que te llevó vaya a saber dónde. Punto muerto para mí, para mi hermano, para todos.

¿Qué has hecho todo este tiempo? Algunos dicen que te fuiste a lo de tus primos en Paraguay, otros que cruzaste a Bolivia y pasaste a Brasil por la selva. ¿Por qué nos dejaste? ¿Por qué nunca una carta? ¿Qué piensas de mí que me fui de tu patria y estoy en este 44 de mierda al otro lado del océano? ¿Qué ni bien aterricé en Barajas rompí el pasaporte argentino y me inventé otro nombre y otro apellido? ¿Qué opinas que tengo documento español y he cambiado mi manera de hablar para trabajar para los gallegos, que no son gallegos, sino madrileños, y no comen hígado en lugar de carne? Igual te perdono viejo. Te perdono por atropellar, por acelerar de más, por tu soberbia porteña... Te perdono incluso por haberme dejado solo, arriba del autobús. Te cambio mi perdón por alguna respuesta. Contéstame al menos una de estas preguntas, así quizás, algún día, me tome el 44 o el 132, o el búho en Cibeles, y deje de pagar con el billete de cinco para darle charla a un chófer detrás de un vidrio. Un madrileño de uniforme impecable, pei-

nado con gomina al costado y que conduce en silencio. Uno que no escucha la radio, no insulta y no comenta el tráfico. Uno que simplemente acelera y al hacerlo, parece más bien que conduce una nave espacial que un verdadero autobús.

Un castizo sigiloso que se desliza por las calles de Madrid.